

G-F 6673

DEL ACUEDUCTO AL
 ALCÁZAR *** Novela de
 RAFAEL LEYDA
 Ilustraciones de F.-MOTA

Los Contemporáneos

Edición económica:
20 Cént.

Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4
Apartado 216

MADRID

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

Anuncios: pidase tarifa.

Número suelto: 30 céntimos

NUESTRO CONCURSO

Los Contemporáneos

deseosos de dar á conocer las obras de los mejores escritores contemporáneos: convencidos de que no hay que acudir al extranjero para encontrar cuentistas espirituales y delicados: decididos á hacer labor patriótica, formando su colección EXCLUSIVAMENTE de autores españoles, abren un concurso, con dos premios de SEISCIENTAS pesetas el uno, de CUATROCIENTAS el otro, bajo las siguientes

BASES

1.ª Admitirán cualquier novela corta, escrita en castellano, y de una extensión de noventa cuartillas, en el supuesto de que cada cuartilla contenga novecientas letras. (Claro está que el número de cuartillas deberá aumentarse ó disminuirse con arreglo al de letras que por unidad se hagan.

2.ª El tema de las novelas será de libre elección, pero conste que huyendo de los asuntos inspidos, anodinos ó ñoños, no admitiremos tampoco los francamente inmorales, indecorosos ni repugnantes.

3.ª Los autores firmarán sus obras con un lema, y las acompañarán de un sobre cerrado, que encabezado con el mismo lema, contendrá en su interior el nombre del autor.

4.ª La Dirección de LOS CONTEMPORÁNEOS elegirá entre las obras presentadas, las diez que juzgue mejores, más bonitas é interesantes.

5.ª LOS CONTEMPORÁNEOS publicarán en números sucesivos esas diez novelas, ilustradas por los más reputados dibujantes.

6.ª El público fallará, concediéndose un premio de seiscientas pesetas á la obra que mayor número de votos reuna, y otro de cuatrocientas á la que la siga en votación.

7.ª A cada número de LOS CONTEMPORÁNEOS acompañará un vale, y será condición precisa para tener derecho al voto enviarnos los diez vales como garantía de que el votante conoce las diez obras; de los diez vales, sólo en uno se escribirán los nombres de las obras que á juicio del votante deben premiarse.

8.ª Queda abierta la admisión de obras que se cerrará el 15 de Agosto.

9.ª Daremos recibo de las obras que se nos entreguen, cuenta de las admitidas, y devolveremos las desechadas, siempre y cuando sus autores se encarguen de recogerlas en nuestras Oficinas: Caños, 4, imprenta.

Libros y revistas

TANTO VA EL CÁNTARO Á LA FUENTE... — Diatriba contra el modernismo literario, por Suero de Quiñones. Suero de Quiñones me ha dedicado amablemente el libro cuyo título encabeza estas líneas, y cúmpleme agradecer su envío.

¿Necesitaré añadir que estoy conforme, en un todo conforme, con las ideas que Suero de Quiñones mantiene?

Sí, amigo mío, sí; el abuso del modernismo, que no ha hecho sino ensuciar y prostituir nuestra literatura contemporánea, es cosa insoportable, y hora es ya, vive el cielo, de que pongamos coto á las demasías.

Yo estoy hasta los pelos de sus poetas más ó menos liliales, de sus neologismos *vestidos* del francés, de sus psicologías complicadas y absurdas, de sus crudezas intolerables.

Y he reído grandemente al leer "El Alimaña", cuento naturalista, que usted ha perfeñado con hábil gracejo, y cuya oculta significación no entenderá la turba-multa de menfjbares que padecemos.

O no querrá entenderla, que es peor.

M. DE M.

LÉASE

EL MISTERIO DEL CORAZÓN VERDE

La novela más interesante y más dramática de cuantas se han escrito sobre misterios de la policía y el crimen

LÉASE

EL MISTERIO DEL CORAZÓN VERDE

Novela escrita para poner á prueba el ingenio de la famosa policía de Londres

LÉASE

todas las semanas en

Alrededor del Mundo

que la publica en forma enuadernable

20 CÉNTIMOS NÚMERO

en todos los

puestos de periódicos y en la Administración,

Caños, 4.-Madrid.

Durá y Compañía

FOTOGABADO

DIRECTO * TRICOLOR * BICOLOR * LÍNEA

Madera, 8.-Madrid

D G C C
A

RAFAEL LEYDA

DEL ACUEDUCTO AL ALCÁZAR



UNOS OJOS GARZOS...

LAS nueve por filo, Antoñuelo se asomaba al balcón en camiseta, la cabeza, un poco temblona, al amparo de viejo chambergó, y tendiendo hacia el jardín la mirada turbia, decía alegremente:

—Buen día se prepara, señorito.

El señorito, que leía á la sombra de una higuera, tornaba la vista á los campos pedregosos y ressecos, que el sol de Agosto calcinaba. Y respondía indiferente:

—Buen día, sí.

Poco después Antoñuelo, ya vestido, aparecía en el jardín. Abría el caño de la alberca para que se llenase. Paseaba entre los cuadros, de hortelano verdor. Cortaba alguna rosa marehita. Se indignaba levemente con los pájaros que merodeaban en los frutales. Y así llegaba hasta el señorito y se sentaba á su vera en el banco.

La conversación, llevada á gusto de Antoñuelo, venía á reincidir sobre la Audiencia, de la que el viejo era alguacil.

—Hoy acabaremos tarde, porque va de defensor Rodríguez. ¡Hombre más pesado! Y no es decir que hable mal, no señor.—La más liviana censura encontraba en seguida atenuaciones en el espíritu del buen segoviano.

—Pero, ¡alma de cántaro, pelmazo, charlatán! tú aquí sentado tan tranquilo y el desayuno enfriándose arriba. Y la Audiencia ¿á qué hora vas á ir á la Audiencia? ¿No sabes que son cerca de las diez? Crea usted, señorito Ignacio, que este hombre me está quitando la vida.

Y la Vicenta, viejecilla y menuda, se agitaba ante los dos hombres, aspaventera, gritando insultos á su marido con gracioso ceceo. El se levantó caehazudo, é intentando en vano subirse los pantalones, que se le caían, dirigióse hacia la casa, aguijado por las imprecaciones de Vicenta.

—Pero aviva, hombre de Dios, aviva. ¡Uy, si tuvieras mi genio!

Ignacio volvió á quedarse solo. Al pie del jardín, por la carretera serpenteante, bajaban unas mujeres que volvían del mercado, en fila sobre sus borricos, las alforjas vacías á guisa de albarda. Llevaban falda corta de estameña, y las pier-

nas, con calcetas azules, oscilaban al paso de los pollinos. Dieron la vuelta, y algo más abajo se perdieron bajo el cobertizo del Refugio. Las tragó después la poderosa selva de álamos, en cuyo fondo cantaba el Eresma, y al fin aparecieron á lo lejos, trepando por el empinado camino de Zamarramala. Se destacaban precisas sobre la carretera albicante y desnuda.

Un grupo brillante de oficiales que volvían de prácticas, descendía al galope. Al cruzarse con ellos, densa nube los envolvió á todos.

Los pájaros seguían picoteando en los frutales. Con inquietante rumor, una gran rata avanzó despacio, alargando el hociquillo. Notando la atención del hombre, desapareció rápida en un habar.

La Vicenta surgió de nuevo.

—Señorito Ignacio, ahí está la Pepa. Hoy se ha retrasado más que ayer. Regáñela, señorito Ignacio, y no se haga de miel, que se lo comerán. No sabe cómo las gasta esta gente de Castilla.—La Vicenta era de Ronda.

Ignacio subió al estudio. Una gran sala encajada, con varios lienzos vueltos hacia la pared, un eaballette, un cajón de pino á medio desclavar y un sillón deslucido. Don Melquiades, sentado en las baldosas, pulimentaba un garrote con una navaja de cachas de cuerno. A un lado esperaba la Pepa.

Don Melquiades era un vago, de tipo desmeдрado y barba canosa, al que Ignacio encontró un día en el Azoguejo, sentado á la sombra y pordioseando con voz indolente. Se lo llevó al taller para que le sirviese de modelo y le limpiase los pinceles, asignándole dos pesetas diarias, que Don Melquiades se bebía indefectiblemente cada noche.

El pintor hizo posar á la Pepa y un rato estuvo escrutándola, el pincel indeciso. Era una muchacha de cara mezquina y terreña, los ojos grandes, vestida de negro, tocada con manto frajado de velludo, que desde la cabeza caía recto sobre los hombros. Una crucecita apagaba su oro en la rasa negrura del corpiño.

Era la mujer vista en los lienzos de Zuloaga, y que le hizo correr á Segovia desde Paris. ¿Aceraría él también?... Se puso á trabajar. La Pepa posaba con aire cansino.

Al sonar las doce en la catedral, Ignacio dejó los pinceles.—Puede usted marcharse—dijo á la Pepa,—y mañana venga con su hermana.

Hacia dos días que abandonaba antes el trabajo. Presto se lavó y se vistió.

—Volveré á la una—gritó á la Vicenta.

Subió una calleja y llegó jadeante á la Canongía nueva, llena de sol y solitaria. Rápido siguió y entró en la Catedral.

Silencio. Frescor... Alguna vieja, sentada en un rincón, pasaba mecánicamente las cuentas de su rosario, mientras dormía. Un forastero erraba curioso y admirativo. Sentados en los bancos, unos cadetes charlaban en voz alta, moviéndose con gran ruido de sables, que turbaba un momento la solemne paz. Por los ventanales policromos, la alegre luz mañanera difundíase fría, clara, llena de timidez ante el misterio de las capillas.

Ignacio dió la vuelta al altar mayor y penetró en la sacristía. Sobre un trivial altar de cerámica se erguía la angustia de un Cristo portentoso. El pintor se detuvo allí mirando unos tapices.

Había misa en la capilla del trascoro. Terminada, una mujer se destacó del fondo de la iglesia y con gentileza se dirigió á la sacristía. Prostrada ante el Cristo rezó largo rato.

Al salir se encontró con Ignacio, de pie en la entrada. En la sombra de la mantilla fulgieron unos ojos garzos y una mirada, rápida como una saeta, se clavó en el pintor. La mujer se alejó sin ruido, con un andar raudo y suave. El la siguió con la vista hasta la puerta. Tomó ella el agua bendita, se signó despacio y, sin volverse, desapareció.

Tras de ella salió Ignacio. Un día encontró en la Catedral á aquella mujer, oyendo misa de doce. Del misterio de la mantilla surgió una mirada, curiosa y fugaz. Era bastante para el alma soñadora del artista. La misma tarde, vagando por las calles empinadas de la vieja ciudad, deleitaba su imaginación en la aventura forzosa, inmediata. Y con ardor romántico se detenía ante alguna reja plateresca, pensando—¿será aquí?

Volvió á diario á la Catedral. Y siempre veía á la gentil muchacha. Y la mirada de los ojos garzos iba sumisa hacia él.

¿Por qué no la seguía? La persecución á aquella hora y por aquella plaza quitaba á la aventura su sabor romanesco. Sobre todo la plaza...

Ya estaba en ella. Bajo los porches, cadetes tomando el aperitivo, cadetes que paseaban, cadetes novios. Y entre el tráfago militar, algunas muchachas decididas.

Ignacio avanzó trabajosamente. No estaba allí la de la Catedral. En vano avizoró las calles contiguas. Sobre las aceras calcinadas no había dejado estela su paso, si pasó. Un poco triste, el pintor se sentó á una mesa y pidió un vermuth de Torino... catalán, que le sirvieron dulce y con moscas. Hacía mucho calor. Levantóse, y por calles sombrías y silentes se dirigió á su casa.

TARDE LIRICA

—¿Está pintando?

—No, señorita. Está durmiendo.

—¡Ah, holgazán!

—¡Por Dios, señorita, no le despierte usted!
Sin cuidarse de los lamentos, la señorita empezó á aporrear la puerta.

—¿Quién?—clamó con susto Ignacio.

—Yo, Juanita. Abre, grandísimo gandul, ó abro yo.

—No, aguarda, que ya voy—respondió aún más asustado el mozo. Se oyó rechinar el "sommier" como si respirase libre de una opresión, y tras del ir y venir de pasos, se abrió la puerta, y el pintor, cargados los ojos, el pelo revuelto, ajado y sin abrochar el cuello de su camisa blanda, apareció.

—¡Vaya un modo de trabajar!—protestó enfadada Juanita.

—¡Pero si hacía tanto calor!

—Vengo á Segovia—siguió ella, imitando su voz—á laborar. Quiero aprovechar el verano.

—Cierto, pero hay horas...

—Dí que hay meses. No sé qué te ocurre de poco tiempo á esta parte. Estas como atontado. ¿Qué hiciste estos días?

—Ahora lo verás. Pero déjame que me vista. Se quedó Juanita fuera, y á través de la puerta entornada siguieron la charla, ágil y alegre.

—Emma me dijo que iba á venir esta tarde la de Fonrat y me apresuré á ponerme en salvo.

—Claro, entre dos males escogiste el menor.

—Calla, pintamonas.

Tenía la muchacha una voz vibrante, musical, que aun hablando, cantaba. Era huérfana, y vivía con un tío, procurador, viejo, viudo y rico, indiferente á todo lo que no fuese el noble juego del hombre. Con lo que Juanita creció en una libertad que quizá hubiese asustado al autor del "Emilio".

Por suerte, vivía en Segovia una antigua tiple de zarzuela que, en plena lozanía de su hermosura y de sus laureles, vino á arrumbarse en la vieja ciudad por culpa ó por merced— allá cada uno—de un comandante que la llevó al altar.

Esta señora, cuya vida conyugal fué ejemplarísima, apenas oyó hablar á Juanita sospechó que en aquella muchacha debía haber "madera". La probó la voz, que resultó de soprano, y con paciencia se dedicó á educársela. Encargaron á Madrid un "Concone". Desarchivaron las polvorientas partituras. Y por la ciudad tranquila, en alas de la brisa serreña, vagaron las melodías románticas.

Un tiempo fué
que en dulce calma...

Pero la gran labor de la extiple fué otra que no necesitó el intermedio del "Concone". Caldear el alma incipiente de la niña con el fuego pasional del arte, hasta fundirlo en su llama purificadora. —Y sobre todo, no te cases—la aconsejaba en medio de su magnificencia, con la amargura de su vida truncada.

Sólo que el tiempo había corrido. Y así como la tiple fué la artista, un poco ñoña, de aquel período neoromántico, cuya expresión característica está en los dramas de Echegaray, Juanita López fué la artista de principio de siglo, tocada de modernismo y de audacia.

—Una artista no debe ser como todo el mundo—era la explicación única de sus atrevimientos.



En el fondo resultaba una provincianita cándida. Y por esto, y porque su tío era rico, sin más herederos que ella, se la miraba con indulgencia en la ciudad. Además la protección de la ex tiple la valía de mucho.

Los que más se cebaban en ella eran los alumnos. Si bien alguien insinuaba que en estos juicios

habían influido no poco los sostenidos desdenes de Juanita.

Esta, apenas enterada de la vecindad del pintor, se entró á visitar su estudio. Ambos expansivos, simpatizaron en seguida. Y la muchacha propuso el tuteo, encantada del tono de bohemia de su nueva camaradería.

Ya salía el pintor peripuesto.

—Pero, chica, no me había fijado. Estas atroc. ¿Quién te ha arreglado de ese modo?

—Yo. Ha sido invención mía.

—Ya se conoce. Si no fueses cursi por naturaleza, te diría que ese peinado griego, además de no ir bien á tu cara respingadilla, se da de bofetadas con esa falda "trotteuse". Pero como eres incorregible, te dejo.

Juanita no se enfadó por esta andanada. De sobra sabía ella que el pintor, como la burguesía segoviana, no la comprendía. Y creyó inútil contestar.

Subieron al estudio. Allí fué la muchacha la que esgrimió las disciplinas.

—Este cuadro no ha adelantado. Y éste aun está sin concluir. En cambio has empezado otro. No rematas nada.

La última frase le hizo efecto al pintor, que se quedó pensativo.—Era verdad, no remataba nada. Muy impresionable, ó vencía de una los obstáculos

los ó lo dejaba por imposible. Aunque vaseo, parecía un meridional.

—Y no sé qué gusto tienes en pintar esas cosas tan feas. Si yo fuera pintor, no haría más que retratos de reinas ó de artistas.

—Que es igual—dijo sonriendo Ignacio.

—Bueno, también se pueden pintar otras cosas bonitas. En mi cuarto hay dos cromos preciosos. Uno se llama Romeo y Juileta, y figura dos palomos arrullándose en un balcón.

—¡Oh, pues hay otro de una gallina rodeada de sus polluelos, que es divino!

—No lo he visto—dijo con candidez Juanita.

Bajaron.

—Bueno, me voy.

—Aun no habrán venido tus amigas. Quédate. Te convido á merendar.

Mandó á la Vicenta por dulces y helados á la Suiza. Y se fueron á esperarla al jardín.

—Cuando yo sea tiple, tú me harás un retrato, con el vestido de reina de “Los Diamantes de la Corona”.

—Si tú acabarás por casarte con un teniente de artillería.

—Corriendo. Para que me retire del teatro.—Lo decía con tanta seguridad como si tuviera la contrata.

—Entonces te casas con un tenor.

—No, no. Una artista debe ser libre.—Y trazaba un plan de vida y de muerte, leído en algún folletín.

Trajeron los pasteles. Ignacio arrojaba migas al habar.

—¿Por qué hace usted eso, señorito?—preguntó curiosa la Vicenta.



Para alimentar unas ratas que habitan en ese cuadro.

—¡Ay, no lo diga usted!—y la Vicenta escapó, alzándose las faldas con gesto pueril.

—Lo que tú debías hacer ahora, era cantar. Pero cantar aquí, en la paz de esta huerta, sin piano.

—Eso, para desentonarme—protestó Juanita, indignada como si la hubiesen invitado á un sacrilegio.—No, si quieres oirme cantar, ven á mi casa.

—¿Y si llegan las de Fonrat?

—Las dirán que no estoy.

—Claro, y como son sordas...

—Pues que hagan lo que quieran.

—Vamos allá entonces.

La casa del procurador estaba á seguida de la de Ignacio, en la misma Canongía vieja. Había entre ambas un descampado, donde las vecinas tendían á secar la ropa. La casa de Juanita tenía su entrada por esta plazoleta. En la puerta, un rótulo de zinc, decía:—Ernesto de la Vega, Procurador de los Tribunales.—Subieron la escalera, ya oscura, y llamaron en el principal. Para llegar al cuarto de Juanita, hubieron de pasar por el bufete. En el fondo, á los lados de una mesa que esclarecía débilmente una bombilla con pantalla de papel de oficio, había dos hombres. El más viejo escribía. Decía el otro.

—...Y corroborando esta presunción la misma afirmación de la parte contraria, que dice en su escrito de réplica...

—Adiós, Rodríguez.

Rodríguez suspendió el dictado para decir familiar:

—Adiós, Juanita.

El viejo rezongó:

—Buenas noches.

El gabinete de la niña sólo tenía de notable, además de los ensabidos cromos, unos retratos de cómicos de ambos sexos, con suntuosas dedicatorias á su compañera, Juanita López. Eran de las primeras partes de una compañía de zarzuela, que antaño pasaron unos días de hambre en Segovia y oyeron cantar á Juanita. Los retratos, artísticamente desordenados, estaban prendidos en una esterilla con vanas presunciones de japonesa.

Mientras Juanita buscaba los papeles, se oía la voz monótona del oficial que dictaba la prosa curialesca, fangosa y obscura, con protuberancias de gerundios.

De vez en vez, surgía con brillo mortecino una imagen de desecho.

—Cierra ese balcón—ordenó con mal humor la niña.

Al cerrarlo, advirtió el pintor un cadete que oscaba en el descampado.

Quedó abierto el que daba sobre la Alameda. El cielo palidecía.

Y del río subía una niebla tenue que se enredaba en los árboles.

Juanita preludió. Ignacio sentóse en el sofá.

—¿Qué quieres que cante?

—Lo que tú quieras. Me basta oír tu voz.

Para jardines, Granada,
para mujeres, Madrid
y para amores, tus ojos
cuando me miran á mí.

La voz amplia, llena, vibrante, fluía como el agua de una fuente. Aquella niña cursi, de gusto deplorable, cantaba con una afinación y una naturalidad maravillosas. Las viejas romanzas, las melodías dulzonas, se magnificaban.

—Me basta con oír tu voz.

E Ignacio, sugestionado, escuchaba.

Alto aquí, los caballeros,
haced corro y escuchad

Variaban los papeles.

Vorrei baciare il tuo capelli neri

O avanzando los tiempos.

porque Cosette no puede amar...

—Todo lo que quieras—¿Qué más da, que más da? La voz brotaba sin cansancio, con fresca sensación de montaña, de ambiente limpio, de auras limfas. E Ignacio sentía en su brazo un tibio roce. Y una mirada, obscura como una pena, se le metía alma adentro.

—Pero ¿te has dormido?

La niña estaba de pie ante él. Le cogió las manos, y apretándoselas fraternalmente, la dijo con arroyo:

—Tú eres artista. Llegarás.

—Y tú. Llegaremos.

Las manos en las manos, se miraban gozosos, con limpia mirada en que resplandecía la luz gloriosa del porvenir. La voz monótona del curial seguía siempre.—Otro sí digo que...—Y fuera, bajo la luz lunar, el Eresma apacible contaba á la noche su cuento de siglos.

Entró Ignacio en su casa, el alma henchida de dulces emociones. La Vicenta le preguntó—¿Trae usted hambre, señorito? Porque le he hecho un ali-oli, que se va usted á chupar los dedos.—Contestó al azar. Hambre. ¿Qué sabía él si tenía hambre, hambre material, de chuletas, de filetes? Un anhelo dulce, infinito, sí que lo sentía, anhelo de que le miraran cariciosos unos ojos de sombra, de oír palabras, cálidas como la sangre, de una boca bermeja, de sentirse envuelto en ternura, que sólo encontraba al arribar de tarde en tarde al blanco caserío de sus montañas. Y mientras la Vicenta concluía de preparar el condumio, Ignacio, sentado en el balcón, fumaba y soñaba.

Cenó, parece que con buen apetito, porque la Vicenta se mostró gozosa. Charló con Antoñuelo. Ni supo sobre qué. Y se acostó pensando.—La veré mañana.

Estaba resuelto. La seguiría, aunque fuese poco caballeresco yendo ella sola. Averiguaría su casa. Y luego...

Pensando, no lograba dormir. Revolvíase en la cama, alta, matrimonial, muelle. En vano se quedaba quieto, intentando sujetar el pensamiento, que se revolvía como pajarillo prisionero. Y el descanso no venía. Fuera, el sereno cantaba con voz melancólico de "muezzin"—Las doce y sereno.—Las doce y media. La una.—Y ni el tiempo cambiaba ni el pintor dormía. Tentado estuvo de levantarse y salir para ver el acueducto á la luz de la luna. Pero le contuvo el temor de alarmar á sus patronos.—A la madrugada me dormiré.

Y empezaba á adormilarse cuando á lo lejos aulló un perro. Le contestó otro más cerca. Replicó un tercero. Duplicó el cuarto. Y á poco, todos los perros de la ciudad redoblaban pertinaces. Cuando amaneció, seguían. Y, bien entrado el día, no cesaban de ladrar. Cómo los maldijo el pintor, y cómo pidió á los dioses el exterminio de aquellos perros admirados, de aquellos galgos de cabeza fina y señorial, cortesanos como los que reposan á los pies de los príncipes velazqueños.

Se levantó, los ojos cansados, la cabeza turbada como si estuviese vacía y dentro volarían moscas ligeras, silenciosas. En vano intentó pintar. El color se le rebelaba; aun la línea, sumisa siempre, era inhábil. Despidió á la Pepa y salió por la ciudad, en espera de que diesen las doce.

A las once y media entraba en la catedral. Dió limosna á los pobres que salmodiaban pedigüeños en el atrio.—Campe sinos ciegos y rígidos, viejas acurrucadas.—Irrespetuoso escrutó toda la iglesia. Ella no estaba. Y brusca—más sensación que idea—le acometió:—Hoy no viene.

Luego reflexionó:—Es muy pronto. Ella oye la misa de doce. ¿Por qué puerta entraría? Jamás la viera sino salir. Se colocó entre las dos. Y cada vez que una de ellas rechinaba, sus ojos se volvían ávidos.—Desencanto. No era.

Faltaban cinco minutos. La gente se agolpaba ante el trascoro. Y ella no venía. Salió el sacerdote.

Entonces sintió como un alivio.—Ya no viene—se dijo con tranquilidad. Pero no se marchaba. Brusco, se le paralizó el corazón. Una mujer entra-

ba, gallarda y gentil, velado el rostro por la mantilla. Fué un instante de suprema ansiedad, mientras se arrodillaba para persignarse. Se volvió y avanzó frente á Ignacio. Y el encanto quedó desvanecido.

Salía la gente. Algunas devotas se rezagaban, orando en las capillas. Hasta que Ignacio se halló solo. Y no lo advertía, la mirada siempre fija en la puerta. El sacristán pasaba, golpeando las llaves, con discreto aviso. Se marchó.

En la plaza, los grupos se disolvían. Era la una. El pintor, en pleno desaliento, siguió hacia su casa.

Por la tarde, al caer el sol, salió. Ascendió la agria cuesta de Zamarramala. Las laderas parduzcas, heridas por los barrenos, mostraban sus entrañas de piedra. Atravesó las eras, entre el oro sutil del tamo. Y cruzó campos yermos, ondulantes, sileneiosos, pardos ó rojizos. Ni un árbol. De lejos en lejos, los rebaños pacían mustios. El rabadán, la figura abatida sobre el cayado, saludaba con rústica cortesía al caminante.

Al fondo, la ciudad, parda y triste, trepaba por el cerro. Dominante la catedral, erguía su cimborrio entre la elegancia de las agujas medioevales. A la derecha, como una proa que se hundiera en el espacio, la esbeltez del Alcazar se recortaba en el carmín del poniente. A los pies de la ciudad, sumisos, se tendían los álamos.

Pasó bajo el Acueducto. En el Azoguejo, los vendedores cenaban junto á los puestos recogidos. Por el Real del Carmen paseaban cadetes. Un rato se detuvo ante San Martín, contemplando el claustro exterior en reconstrucción.

Luego se hundió por calles angostas, en las que las bombillas eléctricas, de largo en largo, brillaban con romántico fulgor. Entre la mezquindad de las casas, se magnificaban las fachadas señoriales, con sendos escudos de berroqueña á los lados del arco de medio punto. En las esquinas cadetes, mirando á los balcones, en cuya claridad se perfilaban siluetas gentiles. Otros hablaban, embutidos en las rejas.

Ignacio, al ras de las casas, observaba con avidez los interiores. A veces, entre las sombras de una habitación, brillaba la luz de unos ojos. Otras, la albura de un brazo ligero abrazaba el negror de una reja. Pero la luz de aquella mirada no iba á clavarse como una saeta en los ojos del pintor, ni el blanco brazo se estremecía á su paso.

Se encontró en la Canongía vieja. Era pronto para cenar. Subió á casa de Juanita. No estaba. Con el espíritu vacío siguió su deambulacion.

Así pasó el día siguiente. Y el otro. Y el otro. La misteriosa no reaparecía. La ansiedad de Ignacio era tan aguda que no le dejaba pintar, ni comer, ni dormir. Se demacraba. Y la Vicenta, en plena desesperación, echaba la culpa de aquel estado del señorito á su poca habilidad de cocinera.

Inútil le era cansarse en largos paseos. Volvía despeado, polvoriento, pero la paz no entraba en su alma. Buscando sensaciones fuertes, un día llegó á un círculo, donde según fama, se jugaba á los prohibidos. Al subir por la escalera oyó abajo un silbido agudo. En seguida sonó arriba chocar de dinero, voces confusas... Los puntos que se agolpaban sobre el tapete ni miraron á Ignacio.

—Encarnado gana, color pierde.

Los puntos no tenían la mejor traza, pero sobre la mesa había bastante dinero en fichas y algunos duros. Un rato observó Ignacio sin apuntar. Pronto notó que la atención de todos iba hacia él. Algo molesto, puso un duro con ánimo de perderlo y marcharse. Pero ganó. Y entonces ya no supo qué hacer. Felizmente, llegaron unos cadetes. Y el pintor pudo escabullirse con su duro de ganancia.

Otro día, Juanita le habló de un baile en el Casino, en honor de los oficiales de la Escuela de Tiro. Se intentó un cotillón, que fracasó por falta de dinero... Y al fin, para que los oficiales no se fueran sin conocer á las segovianas, organizóse un asalto. La torre de Don Juan II del Alcazar hubiese asaltado el pintor si dentro pudiera encontrarse la desconocida.

La noche señalada, al sonar las diez, las señoritas y los alumnos, que paseaban con aire preocupado por la plaza, se precipitaron hacia el Casino.

La sala era grande, afeada por columnas que suplían los tabiques derribados. La greguería de las mujeres que se agitaban nerviosas, aguardando la llegada de los oficiales, ensordecía. Se habían quitado los abrigo, y aparecían en el esplendor de sus trajes blancos. Algunos, tal vez, no eran muy modernos. Acaso la nitidez de otros era discutible. Pero ¿quién reparaba en minucias cuando de entre los encajes los cuellos desnudos emergían finos y flexibles, y el calor obligaba á despojarse de los largos guantes, y la ventura encendía los ojos?

Pasaba el tiempo y no llegaban los oficiales, ni la música que había quedado á cargo de éstos. Por fin, á las once y media, por la apiñada muchedumbre corrió un largo estremecimiento de ansiedad. Subían los oficiales de la Escuela de Tiro. Subían despacio, y en medio, llevado á hombros por cuatro chulos algo entecos, un magnífico piano de manubrio. El cual fué colocado cuidadosamente en un rincón, y á él se adosaron los chulos en posturas cadenciosas. Y en seguida, por el ambiente señorial de la sala, rebrincaron las notas procaces de la "Matchicha". Las niñas se miraron. Alguna insinuó la retirada. Pero los oficiales, invitándolas, sofoearon la rebelión.

A las cuatro volvían Juanita é Ignacio con varias damiselas y galanes, por la Canongía vieja. Juanita confesaba que le había resultado mucho más divertido que los cotillones.

¿Y á Ignacio? ¡Ah, no! Dígalo si no la pobre Vicenta que al día siguiente lloraba su resolución.

—Pero señorito, aguarde siquiera unos días. Espere á reponerse. Mire que hace mucho calor en Madrid.

—Nada, esta tarde me marcho.

Estaba decidido. Ni trabajaba, ni vivía. En Madrid encontraría la paz.

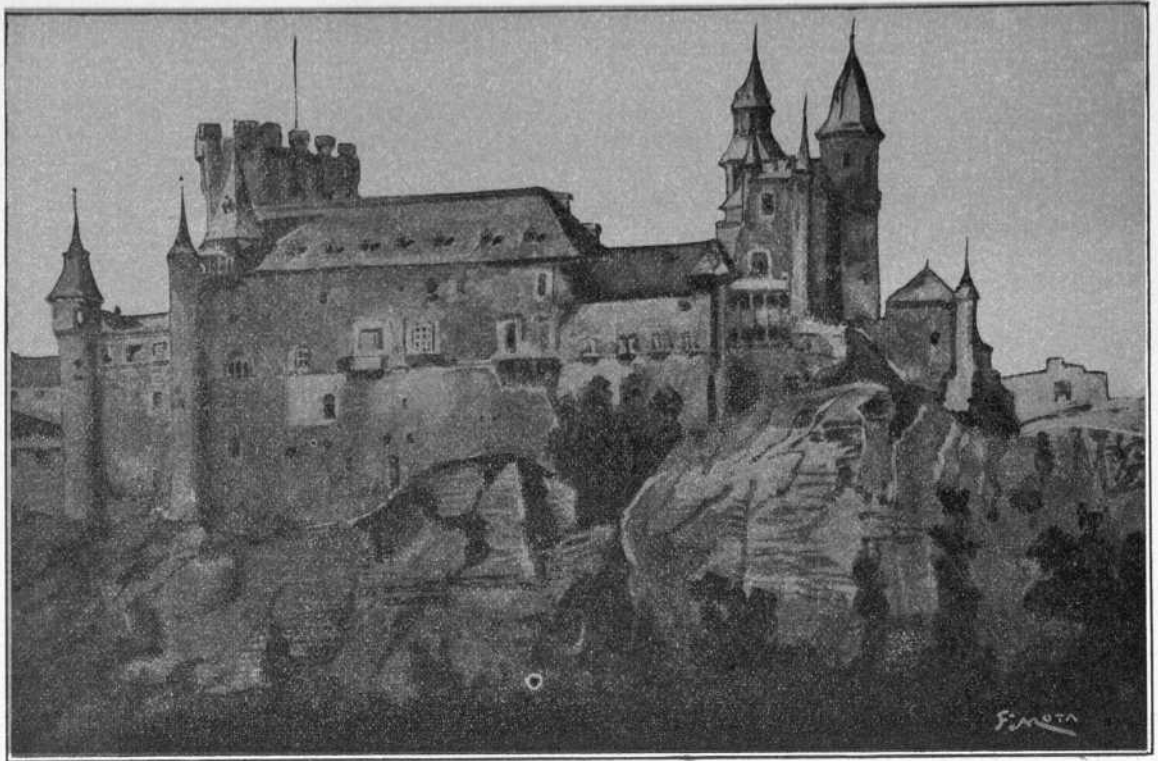
Tenía hecha la maleta, embalados los lienzos. Salió á encargar un mozo.

—¡Ay!

—Usted dispense. Iba distraído. ¿La he hecho daño?

—No, daño no, pero como ha salido usted tan de repente, me asusté. Vaya, adiós.

Ignacio la miró entrar en la casa, bonita, li-



gera, graciosa, con un cesto de mimbres al brazo. Al volverse para cerrar la puerta y verle clavado allí, le sonrió picaresea. Y clavado seguía cuando la muchacha salió de dejar las camisas.

—¿Pero aun está usted aquí? Yo que le hacía ya en el Azoguejo.

—Sí, la esperaba para disculparme—contestó un poco confuso el pintor.

Charlando, charlando, siguieron juntos su camino. Y como aun les quedaba tela cortada, se citaron para la noche.

Ya Ignacio no se marchó aquel día. Ni al siguiente. Tan grata le resultó la entrevista. Así que la fué repitiendo. Y los ensueños románticos huían. Al encontrar á la pizpireta planchadora sentía una emoción grata y suave.

Paseaba con ella por la Canongía nueva, de la Catedral al Alcazar. En las noches tibias sentábanse junto á la barandilla que bordea el abismo. La refería viejas leyendas, la recitaba versos. A las once, ella se entraba en el cuartel de la Guardia civil—era hija de un cabo—y él, satisfecho y con el espíritu en reposo, se iba á dormir.

Cierto que aquellos amoríos tuvieron una desventurada trascendencia social para Ignacio. La Vicenta los puso la proa desde el primer día, y no perdía ocasión de lanzar indirectas, en las que la formalidad de la planchadora quedaba un poco averiada. En vano era que Antoñuelo interviniese. Aquello enardecía más á su mujer, que afirmaba la igualdad ante el vicio de todos los hombres.

Juanita que, pese á sus teorías, era una burguesa cándida, llevó aún peor la degradación de

Ignacio. Le retiró su amistad, sus cantos, su conversaci6n. Sólo le dejó el saludo, que le otorgaba como una limosna.

Pero Ignacio ingrato, ni se enteraba de estos desvíos.

Un día, Don Melquiades se le acercó en el estudio, y con aire misterioso le habló de una conjura tramada contra él por los mozos del barrio de la planchadora, que, celosos del señorito, pensaban obsequiarle con una paliza. Ignacio se encogió de hombros. A la noche, por si acaso, se echó en el bolsillo un revólver.

Todo el tiempo que pasó con la planchadora anduvo preocupado.

Rehuía los sitios sombríos y desiertos. Al pasar por las bocacalles lanzaba miradas escudriñadoras. Y apenas vislumbraba un bulto que venía á encontrarse con él, la mano en el bolsillo, empuñaba el revólver.

Antes de su hora, encerró á la muchacha, y rápidamente, andando por el centro de las angostas calles, tornó hacia su casa. Ya estaba ante la puerta, ya metía la llave en la cerradura, cuando oyó que le siseaban. Se volvió y vió un hombre que se acercaba presuroso.—Antes había observado que le seguían.—Venía solo, pero ¿quién sabe los que vendrían detrás? Tentado estuvo de dar la vuelta á la llave y colarse dentro. Un instinto de vergüenza viril le detuvo. Sólo sí, sacó hasta la boca del bolsillo el revólver. El hombre llegaba.

—No tenga cuidado el señorito. Le he seguido toda la noche. Y si alguno se mete con él, lo descaharro.—Y Don Melquiades, sereno, completamente sereno, mostraba al pintor su faja, que se desgarraba al peso de guijarros enormes.



EL SALON

Una noche, la planchadora se le presentó muy emperejlada, con mantilla y guantes. Ignacio la miró interrogativo.

—Vamos al Salón—respondió ella.—Esta noche hay música.

El lo echó á broma. Y tomó Canongía abajo, hacia el Alcázar. Pero la novia se plantó. Ella iba al Salón.

Entonces el pintor, ya serio, intentó disuadirla. ¿Para qué ir allí donde todo el mundo había de verlos? ¿No eran más felices en la soledad misteriosa de la Segovia vieja?

—No, ella ya tenía bastante de aquel aburrimiento del Alcázar. Quería ir donde hubiera gente y música. Era muy joven para enterrarse.—Y hablaba con una voz agria, irritante, que el pintor no la conocía.

Este, sorprendido, procuró convencerla aún.

—¿Qué papel iban á hacer ellos entre tanta gente desconocida? Allí iba por las noches el señorío.

—¿Y qué?—gritó ella desbordada.—¿Es que no me puedo pasear yo donde el señorío se pasea? Dí que te avergüenzas de que te vean conmigo.

No lo dijo el pintor, pero la verdad es que no le hacía mucha gracia. Por muy artista que se

sea, se teme el ridículo. Y él no haría un gra papel con aquella muchachita mona, pero envarada, cursi con su vestido dominiguero. Y luego, la mirada de la desconocida, unos días olvidada, se le clavaba en el corazón como un reproche. Si ella estuviese en el Salón...

—Pues si tú no quieres ir, me iré con mis amigas.

Y echó á andar. A los pocos pasos volvió la cabeza, sorprendida de que él no la detuviese. Siguió, cada vez más despacio, despechada y arrepentida, esperando quizás un arranque del enamorado.

Se hundió en la penumbra de la calle. Ignacio, ligeramente oprimido el corazón, volvió lento hacia su casa. Pero al ir á llamar temió la noche, larga y negra, con la tristeza de la ruptura. Y animado por una vaga esperanza, fué también al Salón

La luz suave de los focos eléctricos acariciaba los vaporosos tocados, las acras pálidas ó con artificio empalidecidas, de las muchachitas provincianas.

Cogidas del brazo, avanzaban risueñas, presurosas, como si al fin del paseo las aguardase la felicidad. Graves y erguidos, los alumnos las seguían, cruzando miradas intensas. Las mamás, sentadas en fila avizoraban los flirteos, sin dejar en sus murmuraciones. Señores viejos, de porte militar, disentrían, caminando reposadamente.

Las parejas plebeyas buscaban los bancos en sombra, bajo el toldo indulgente de las acacias.

Una banda militar diluía en la atmósfera plácida la overtura de "Rienzi".

Ignacio dió una vuelta sin ver á nadie. A la segunda, advirtió á su ex novia que loqueaba con unos cadetes. Ignacio sintió cierto despecho, y pensó acercarse á ella para dejar burlados á los militares. Pero á la vuelta siguiente las planchadoras le vieron y empezaron á reirse de él. Los alumnos, que las oían, le miraron también maliciosamente. Tentado estuvo el pintor de liarse á cachetes con todos. Luego determinó:—Me marche.—Y ya salía del paseo, cuando le llamaron. Era Juanita.

—Te he visto dando vueltas por ahí como un perro perdido y me ha dado lástima de tí. Aunque no te la mereces.

Iba con una amiga que sonreía afablemente al

pintor como si le conociera de luengos años. Juanita los presentó.

—La señorita de Fonrat.

Echaron á andar los tres. Y desde el primer paso, pudo advertirse en la señorita de Fonrat un decidido propósito de que el pintor admirara lo múltiple y escogido de sus relaciones.

—Adiós, Remedios.—¿No sabes que su tío ha ascendido á magistrado? Lleva una carrera... Mira á Luz. Chica, qué reunión la del Jueves en su casa. Lo que te perdiste. No faltó nadie, nadie. Ni las de Vicente, que no van á casi ningún lado. A casa del coronel, á la nuestra...—Adiós Nica. Oye, ¿cuándo te vas á Madrid? Si estás para Octubre nos veremos allí. Yo pararé en casa de mi tío, en la calle de San Bernardino, frente al palacio del Conde de Toreno. No dejes de ir á verme.

Ignacio, levemente aburrido, miraba á Juanita.

Subió un gran murmullo, de emoción y de anhelo, se alzó, corrió, extendióse por el Salón, con el vuelo inquietante de las aves nocturnas. Las muchachas se detuvieron en sus isócronas correrías. Las madres se irguieron en sus asientos. Un instante, los señores viejos, de porte militar, cortaron sus discusiones. Y por el centro de improvisada calle, gentilísima, con un maravilloso vestido imperio que dibujaba, sin ceñirla, la línea gallarda de su cuerpo, avanzó una muchacha. E Ignacio, inmóvil de asombro, apenas si pudo recoger la mirada, rápida como una saeta, que ella le dejó al paso.

¡Aquella vez no se le escapaba!

LA MALFERIDA

—¿Quién es esa muchacha?

—Consuelito Vargas.

—¿Vive aquí?

—Sí; tiene dos hermanos, alumnos de la Academia.

—¿Y por qué esa curiosidad?

—Porque hace un mes regañó con su novio, y desde entonces no había salido de casa ni recibía á nadie. Decían que iba á meterse monja.

—¿Tú eres amiga suya?

—Mueho.

Se acercaron otras muchachas que cortaron la conversación. Todas hablaban de la de Vargas.

—¿Que mona está

—¿Y qué vestido más bonito!

—Dicen que lo iba á estrenar el día que recibió la carta de Pujol.

—Sí, como que si lo hubiera tenido en casa se iba á estar tantos días sin venir al paseo. Lo recibí ayer.

—¿Ay, pero pobre chica! ¡Qué desengaño!

—¿Y qué difícil va á ser que se case!

—Si á mí me hubiese pasado lo que á ella, no volvía á mirar á ningún hombre.

—Tampoco será fácil que los hombres la miren á ella. Porque cuatro años de relaciones...

—Y que estaban entusiasmados de veras.

Por suerte no oyó esto Ignacio, que buscaba con la vista á Consuelo. La halló al fin, sentada, bloqueada por amigas que debían compadecerla

irritantemente. Hablaba apenas y su mirar, que vagaba por el paseo, parecía demandar compasión sincera y olvido.

Quizá los hubiese encontrado en Ignacio, pero su mirada errabunda no llegó á posarse en el pintor. Este, desinteresado de todo lo que no fuese ella, andaba á su alrededor, sin preocuparse de Juanita. Cuando vió levantarse á Consuelo se preparó, y de lejos la siguió, y tras ellas salió del paseo. Subieron por la calle de la Luna y torcieron á la izquierda. A poco se paró Consuelo y se despidió de sus amigas, entrándose por un ancho zaguán. El pintor ahincó bien en su memoria casa y calle, y volvió al Salón en requerimiento de Juanita.

Esta, apenas le vió:

—Ya sé que te fuiste tras de Consuelo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La mar de gente. Todo el mundo.

Poco después abandonaron el paseo. Subieron las escalerillas de la calle del Sol y se encontraron en el Real del Carmen.

Allí se deshizo el grupo. Ellos siguieron con Emma y sus tíos. Y en cuanto el pintor se vió delante, solo con Juanita, la demandó:

—Cuéntame esa historia.

—¿Cuál?

—La de Consuelo.

—Pero si no es historia—para Juanita no había historia sino ocurrían lances extraordinarios. —Que hace cuatro años, cuando Pujol estaba en segundo, se puso en relaciones con ella. Ahora, al salir de la Academia pidió ir destinado á Barcelona, donde tiene unos tíos muy ricos. Todo el mundo creyó que era para casarse y vivir á su sombra. Pero sí, sí... Apenas llega, comienza á enfriarse con Consuelo y al fin la escribe que como él es muy joven para casarse comprende que ella no querrá esperar más y que lo mejor es terminar las relaciones.

—¿Qué fresco!

—Ocurrió que los tíos le tenían buscada otra novia rica. Lo de todos. Se divierten aquí y se casan en otro lado. Por eso yo, aunque pensara en casarme, que no pienso, á los cadetes los haría la cruz.

Siguieron en silencio un rato. Al fin el pintor:

—Juanita, voy á decirte una cosa.

—¿Qué?

—Que estoy enamorado como un bruto de Consuelo.

—Sí, como de la planchadora.

—No, es muy distinto. Si me arreglé con Inés, fué buscando olvidar á ésta.

—Pero, ¿tú la conocías de antes?

—Sí—Y contó los encuentros de la Catedral.

—¿Que ella te miraba? No te hagas ilusiones. Precisamente Consuelo, que es lo más formal...

Pero Ignacio tenía la seguridad de las miradas. Y por eso la extrañeza de Juanita le halagó íntimamente.

—Y ahora que la he recuperado, no he de dejarla escapar.

—Vas á perder el tiempo.

—¿Quién sabe!

Llegaban á casa de Juanita. Mientras se despedían, Ignacio atisbó al cadete que acompañaba á Emma, haciéndola furtivas caricias, aprove-

chando la obscuridad y la distracción de sus parientes.

—¿Me verá algún día así con Consuelo?—pensó, romántico y enamorado.

Y miró con envidia á la pareja feliz que se perdió Canongía abajo, hacia el Alcázar.

DUELO ENTRE DOS MIRADAS

Renacida la esperanza, desde la mañana siguiente volvió Ignacio á la Catedral. Consuelo iba algunas veces. Mas casi siempre pasaba rápida, baja la vista, con gentil rumor de sedas. Una mañana, al concluir la misa, el pintor, en vez de esperarla en la sacristía, la aguardó junto á la pila del agua bendita. Ella se escurrió por la otra puerta.

No faltaba al Salón una noche. Pero no volvió á ver á Consuelo, que tampoco acudía los domingos á la Plaza. En vano preguntaba á Juanita.—No sé, no la ve nadie.

Una tarde Ignacio, que era tímido, con paso tembloroso llegó á su calle y se detuvo frente á la casa. Era antigua, con ancho portón, sobre el que se destacaba, ennegrecido y borroso, el escudo de los primitivos moradores. De fuera se atisbaba un patio. Y como artista, entró á verlo. Era cuadrado, de arcadas, con ligeras columnas jónicas. Por cima de ellas, entre arco y arco, asomaban cabezas de guerrero, de gallarda cimera y continente noble.

No se limitó á examinarlas el pintor, sino que alzando la vista escrutó las abiertas ventanas por si en ellas aparecía otra cabeza.

¿Dónde viviría Consuelo? La casa era grande—un palacio—y debía tener distintos moradores.

Salió á la calle. Había una gran reja salediza junto á la puerta. Tras de ella, una tupida persiana verde que impedía la vista del interior.

Se quedó esperando. De pronto se alzó la cortina verde. Una señora gruesa, de cabello gris y ojos lacrimosos, apareció en el vano y al verle plantado enfrente, le miró pertinaz. Ignacio reconoció á la madre, por haberla visto acompañando á Consuelo la noche del Salón. Y comprendiendo su actitud imprudente, se alejó un poco, esperando que la señora se entrara. Pero al contrario, se sentó junto á la ventana y se puso á mirar á la calle.

Desde su esquina, Ignacio la veía, pero no veía más. Y acaso dentro de la habitación estuviese Consuelo. Avanzó, decidido á pasar por la calle como un transeunte cualquiera. A los seis pasos, se encontró bajo la esfera de acción de los ojos lacrimosos, que le siguieron atentos.

El andar del pintor se hizo vacilante. Aquella mirada turbia y tenaz, le cohibía. De buena gana hubiese retrocedido. Pero la retirada había de hacerla á la vista de los ojos llorones que no le dejaban, forzándole á avanzar. Y avanzó, cada vez más despacio. De repente el miedo le impulsó á huir y apretó el paso, que al llegar á la ventana era carrera casi. Con todo, el pintor concentró sus energías y tornó á ella la cabeza. Su

mirada chocó con la mirada turbia y terca, que se obstinaba en detenerla, que casi lo consiguió. Pero un rayito pudo resbalar y escaparse al interior del cuarto. Consuelo no estaba.

La señora seguía á la ventana. El pintor no se atrevió á repetir el duelo. Recatado en la lejanía, á la espalda de la madre, veía su neua cenicienta.

Era ya de noche cerrada, cuando la habitación se iluminó. Frente á la casa no había ninguna luz y pensó que entonces podría pasar sin ser visto. Osado se paró ante la reja. Dentro estaba la señora, felizmente de espaldas. La luz era profusa é Ignacio pudo esudriñar con mirada rápida todos los detalles.

Vió un comedor, de muebles modestos realzados por el gusto y la habilidad femenina. La pantalla de la lámpara era de seda fruncida. El tapete de la mesa de paño bordado. Sobre el aparador, cubriendo los fruteros, las bandejas, las copas, se encrespaban los encajes nítidos. Y en los respaldos oscuros de las butacas resplandecía la alburá de los veletes.

La señora se volvía. Ignacio, instintivamente, retrocedió. Pero la mirada turbia le adivinó y le persiguió hasta lograr que se alejara. Entonces la cortina cayó implacable. Y el interior apacible recobró su misterio.

Ignacio, iracundo, se fué al Salón. La noche era profunda y sólo se veían al lejos las luces de algunas casitas dispersas. No consiguió ahogar su rabia en la calma infinita de la noche, ni en la amargura de una botella de cerveza. Y bajó por la Canongía vieja, pensando en marcharse de Segovia.

Juanita que estaba en su balcón, le detuvo.

—¿A que no sabes quién ha estado aquí toda la tarde?

—¿...?

—Consuelo.

La cara del pintor resplandeció jubilosa.

—Mandé á preguntar si estabas para haberla llevado á tu estudio.

—¡Maldita sea mi sombra!—Y la cara de Ignacio volvió á ensombrecerse.

—Pero no te apures. El sábado vamos á Río-frío.

—¿Va... ella?

—Sí.

—¿Y yo?

—“Naturaca”. Como que ha sido una idea mía para que podáis conoceros.

—Juanita, eres un ángel.

Una hora estuvo mareándola con temores de que la expedición se deshiciese, de que Consuelo pudiera faltar. Y ya se había despedido de Juanita y llamado en su casa, cuando volvió corriendo.

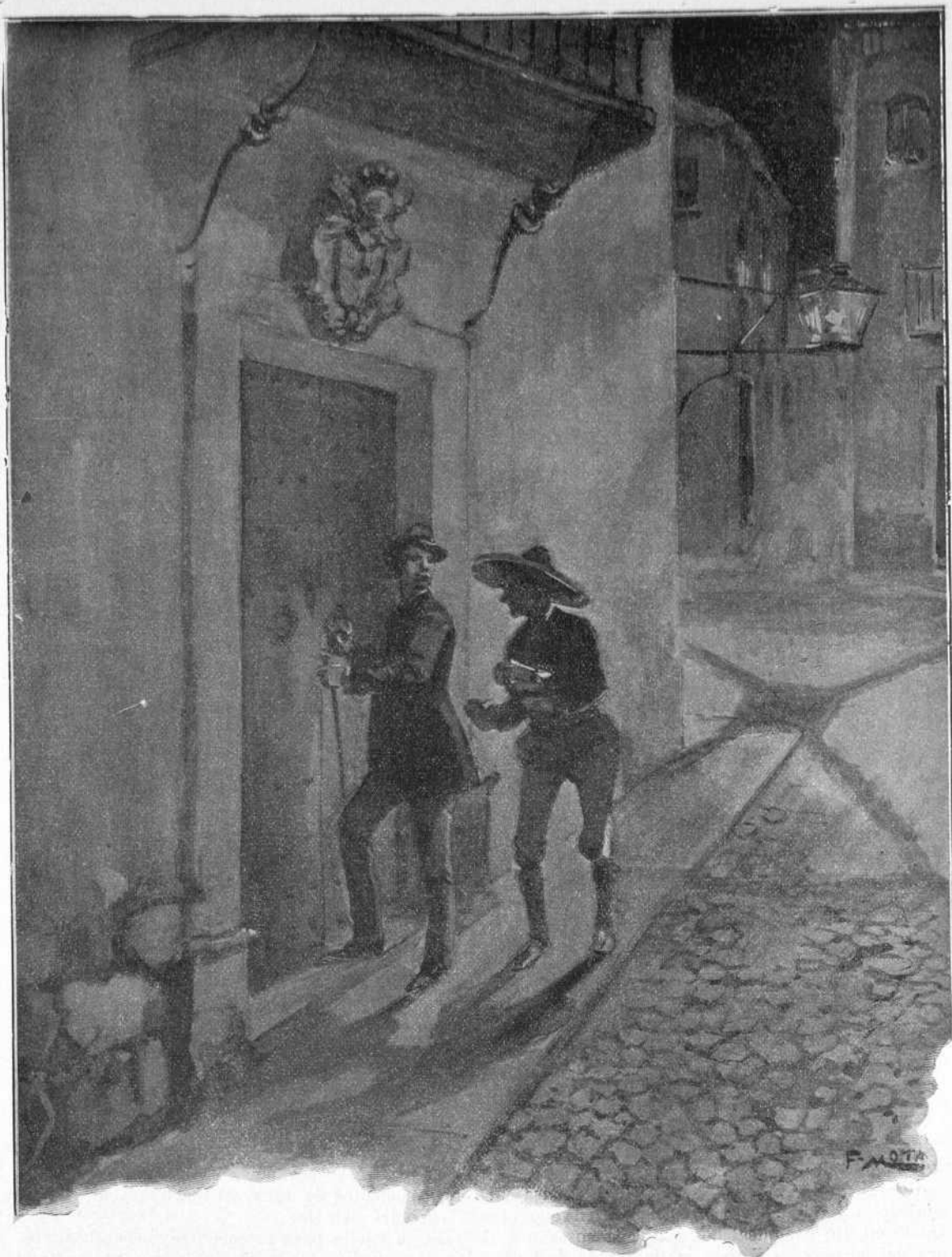
—¡Juanita, Juanita, oye!

—¿Qué?

—¿Va su madre?

—No.

El pintor tiró el sombrero por alto y se puso á cantar la Bohemia!



RIOFRIO

Cuando Juanita é Ignacio llegaron á casa de Emma vieron parado á la puerta un coche que memoraba pretéritas edades. Los desvaídos colores de la caja se uniformaban en un gris de ca-

rrera. Las ruedas se inclinaban á los lados, dándole una apariencia zamba. Y todo el armatoste estaba tan desvencijado y maltrecho, que parecía que apenas echase á andar habría de deshacerse en polvo. Algo así debían pensar los caballos, mustios, rendidas las cabezas hasta rozar con el belfo las patas temblonas.

Ya Emma aguardaba, la cabeza envuelta en una gasa azul. Con ella su prima Mercedes, vestida de hábito, no tan riguroso que no dejara asomar por un maligno escote el morrillo más blanco, carnoso y redondeado que Ignacio hubiese apetecido en su vida. La primera visión fué rápida é insuficiente. Por dicha, la muchacha tenía buen cuidado de volverse de espaldas al menor pretexto y aun cuando el pretexto faltase.

Este feliz morrillo entretuvo al pintor mientras Consuelo llegaba. Juanita, á un lado, secreteaba con Emma. Habían tenido la precaución de situarse frente á un espejo, donde revisaban con placer su tocado. El de Juanita era distinto al de Emma, pero no menos feliz. Un liviano frégoli, á la izquierda una altiva pluma de gallo.

Y llegaron, la de Fonrat, siempre sonriente, con su hermano, un zagalón que estaba en primer año y como no venía de uniforme, se ocultaba detrás de las chicas, en especialidad de Mercedes, porque no le viera algún profesor; una muchacha insignificante, á pesar de su luto; una viuda joven y agradable que tenía un hijo en la preparación. Y por fin, ella, sin velos flotantes ni emplumados frégolis, vestida de claro, claro el sombrero, claros los puntiagudos zapatos y el dedo de media que al revuelo de su falda se entreveía, claro y mate el cutis. Sólo oscuros los ojos, ojos de tormento.

En carrerilla que era un vuelo avanzó Juanita y llevando al trémulo Ignacio ante la adorada, le presentó.

Sonrió ella amable al alargarle la mano, que estrechó él.

El guante, deslizándose indiscreto, descubría el brazo redondo y fino, y la mirada de Ignacio lo acarició largamente. No fué el único. También el rapaz cadete convirtiera el objeto de su curiosidad. Consuelo hubo de advertir alguna de las admiraciones—¿cuál?—y con gesto indiferente se subió el guante.

Ya salían las dos señoras, madres de Emma y de Mercedes, seguidas de dos criadas zamarramaleras, con sendas y ahitas cestas al brazo. Una de las criadas subió al pescante con el mayoral. La otra se acomodó en la berlina. Mercedes expresó sus deseos de ir también en la berlina, lo que de buen grado le fué concedido. El joven cadete, quizá porque dentro se marease, se apresuró á subir tras de la niña, colocándose entre ella y la criada. Y sin duda debía incomodarle mucho la cesta que en el regazo llevaba la palurda, porque se inclinaba del lado de Mercedes.

Una alegre exclamación de los delanteros les advirtió que llegaban al Real Sitio.

La atención de todos se volvió al paisaje. Dejaban la llanura árida, los eriales en que el ganado mustio hociqueaba. Y entre la hoscía bravura del encinar, atisbaban la llamarada ágil de los corzos.

Los encontraron ya muy adentro, paciendo en familia. Gritaron para que corrieran. Los corzos huyeron sin gran susto.

—Así yo también los cazaba—dijo una voz femenina.

Paró el coche cerca del palacio y bajaron todos. Ignacio auxilió galante á las señoras. El cadete se quedó á un lado, como distraído. Con-

suelo se apoyó con fuerza en la mano del pintor y bajó de un salto.

Ningún incidente turbó la comida. Ignacio se excedió en galantes solicitudes. El atendió á que el vino se refrescase, trinchó con esmerada pulcritud los pollos, trajo el agua fresca que brotaba á la paz de unos alisos. El entretuvo el yantar con amenas pláticas, que repetidas veces hicieron fluir la risa de los bermejós labios. Y con concertados silbidos y voces atrajo á los corzos hasta recoger el pan que las ágiles manos femeninas les arrojaban.

Terminado el almuerzo, mientras las madres con las criadas recogían los restos desordenados del condumio, las damiselas, escoltadas por los dos caballeros, se alejaron triscando, con grandes risotadas, por aquellas selvas. Al fin, en un jugoso prado que atravesaba saltarán un arroyo, determinaron reposar las horas cansadas de la siesta. Pero para llegar hasta él, precisaba descender un agrio repecho. De la misión de ayudar á las niñas en el fuerte trance se encargó generosamente el alumno. El cual, para mayor seguridad de las muchachas, las sostenía por el brazo, bastante arriba, á fin de no quebrárselo y aun, en ocasiones de resbalar, llegó á cogerlas por la cintura. Ignacio que iba conociendo al cadete, se adelantó rápido á ayudar á Consuelo; pero ella, agradeciendo el auxilio, bajó sola y rauda. Ignacio torció el gesto. ¿Fué por la negativa de la muchacha ó porque el cadete, desde abajo, sobresaltado quizás por el arresto de Consuelo, parecía querer quitarla con los ojos los obstáculos que á sus menudos pies pudieran oponerse?

Así fué pasando amena la tarde. Cuando volvieron junto á las señoras, ya éstas les aguardaban, saciada la curiosidad de haber visto por vigésima vez el palacio. De nuevo se tendieron los manteles. Habían llegado á los alrededores de la fuente familias diversas. Y la merienda, ocupada en observaciones y maledicencias, fué menos libre y expansiva. Ignacio siguió atentísimo, evocando en la imaginación de las señoras el grato recuerdo de los galanes de su época.

Caía el sol; largas estrías rojas coronaban el monte, cuando se decidió el regreso. Acomodáronse primero las dos robustas zamarramaleras con sus cestas héticas. Entonces las mamás comunicaron la orden, dispuesta sabiamente.

—En la delantera no deben ir niñas por la noche.

Al instante, Ignacio se prestó á subir en la berlina. Pero el cadete aseguró estar resfriado y aventuró sus temores de empeorar con el fresco. Le apoyó su hermana, Y ante el estribo hubo unos momentos de duda. Al fin, Consuelo decidió.

—Yo iré delante.

Dió la vuelta para acomodarse en su sitio. Había de apoyar el pie en el eje de la rueda y desde allí subir hasta el pescante. Llamó á Ignacio.

—¿Quiere usted subir primero y me ayuda?

El pintor subió, sin ver dónde se apoyaba. La emoción era tan aguda que le hacía daño. Cuando Consuelo se encontró junto á él, replegóse hacia la doméstica de tal suerte, que ella hubo de advertirle.

—Córrase más hacia acá. Si sobra sitio...

Arrancó el coche. La luz moría gris. Todo calla-

ba. Y el bosque se hundía en una inmensa paz. Salieron del parque. Por las sendas los rebaños tornaban lentos. Se adensaron las sombras. Sólo se oía un cansino sonar de esquilas.

Ignacio y Consuelo callaban. Delante de ellos, el mayoral hablaba con la moza. Del interior llegaba el abejorreo de las conversaciones.

La boca seca, trémula la voz, Ignacio habló al fin.

—Deseaba esta situación, la he buscado. Y ahora... no sé si aprovecharla.

Silencio.

—Está usted aquí, á mi lado, teniendo que escucharme á la forzosa... Y por lo mismo... Parece que al hablar abuso, que hay alevosía en mí.

—¿Tan malo es lo que va usted á decirme?— respondió en la obscuridad la voz de Consuelo, con leve matiz de burla.

—Usted lo supone ya. Vine á Segovia por unos días (en esto faltaba á la verdad con descaro), y llevo muy cerca de dos meses. Y usted debe saber que fué porque un día, al entrar en la Catedral, me encontré con unos ojos de pena y de misterio. Todos los misterios atraen.

—Pero hay tantos para los artistas, tantos... El del Alcázar, por la noche...

Ignacio bendijo las sombras piadosas que velaron su turbación. Ya repuesto, habló:

—¿Usted también sabe mi debilidad?

—¿Qué no se sabrá en una capital de provincia?

El pintor se enredó en una inextricable selva metafísico-sentimental para explicar aquel descuido. No le interrumpieron.

—Luego la vi á usted en el Salón. Me contaron... lo que le pasara. Y entonces comprendí que no había esperanza para mí.

—No sea usted insincero, que no podremos ser amigos. Si usted no tuviese esperanza no estaría aquí, ni diría lo que me ha dicho.

—Verdad. Pero recuerdo al poeta que tan bien conocía el corazón femenino.

La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.

—¿Y un año le parece mucho?

—Entonces, ¿me quedo?

—Quédese usted... para pintar. Como Zuloaga.

—¿Nada más que para pintar? ¿Y usted?

—¿Yo?... Acérquese en paseo, venga á casa. Seremos amigos.

—¿Amigos sólo?

—Amigos, por ahora.

—¿Y después?

El coche se paraba.

—¿Me ayuda á bajar?

Todos se confundieron en un grupo, despidiéndose con gran algazara y estrépito de besos. Como Juanita se quedara á cenar con Emma, Ignacio se fué solo.

Bajó al Salón, que estaba desierto. Se sentó en el café y pidió cerveza. Cerca de él un señor jugaba con unos niños. Eran lindos y sus frescas risas se expandían como un aroma en la calma del paseo.

La noche era profunda en el valle. El cielo estaba bajo y fulgurante de estrellas.

—¿Y después?—interrogó Ignacio. Y su mirada se perdía en las constelaciones, inmóviles y mudas.

EUTRAPELIA

—Ven, mamá; es Ignacio.

Al pintor le encantó aquella familiaridad y miró arrobado á Consuelo. Pero ya la señora de los ojos turbios aparecía.

—Sí, tengo el gusto de conocer á este caballero. Le vi una tarde que pasaba por aquí.

El recuerdo azoró á Ignacio. Felizmente los ojos turbios le miraban tranquilos, sin gana de pelea.

Sentáronse. Estaban en el comedor que tantas ansias le produjera aquella tarde á Ignacio. Plácido, fresco en la tarde estival, daba una limpia sensación de reposo.

Consuelo contó una broma de su hermano Paco, que había estado á punto de costarle su salida de la Academia.

—No se vive con los hijos, no se vive—lamentóse la madre—con aire de resignación.

—¿Tiene usted más hermanos?—preguntó el pintor á Consuelo?

—Otro más pequeño que está en primer año. ¿Y usted?

—Soy solo.

—¿Qué felicidad!

—Pues tú no puedes quejarte de tus hermanos, que bien buenos son para tí.

—Mamá tiene debilidad por ellos.

—No digas...

—Sí, mamá, sí. Basta que vistan el uniforme.

—Me gusta, ¿por qué voy á negarlo? Mi padre fué artillero, mis hermanos artilleros, artillero mi marido, ¿cómo no voy á querer ese uniforme? Pero para mí todos sois iguales.

—Ahí vienen las de Costa.

—La familia de un profesor.—Ignacio, que se iba imponiendo en la tecnología segoviana, entendió que era de la Academia.

Entraron las de Costa. Dos cubanas, de pómulos salientes, ojos oblicuos y lánguidos ademanos.

Hablaron. Iba á venir un nuevo profesor, soltero. Y al decirlo, el aire de las cubanitas era más lánguido.

—Y del cotillón, ¿se sabía algo? Parece que aquel año no daban cotillón por falta de pesos.

—¿Habrá asaltos?

—Los muchachos quieren, pero las muchachas se acuerdan del otro y no se deciden.

A poco entró Emma.

—¿Sabes lo que me ha dicho esta tarde tu hermano?—preguntó á Consuelo.

No, no lo sabía.

—Que me parezco á la reina. Ya ves que tontuna. Con lo guapa que es la reina.

Sus amigas hubieron de intervenir y asegurarle la verdad del parecido, que Emma aceptó al fin, con dengues mimosos.

Signieron hablando de las mismas cosas interesantes. Ignacio escuchaba, serio y mudo. No atis-

baba ocasión de acercarse á Consuelo, bloqueada por sus amigas.

Un cadete, muy moreno, imberbe, el pelo lami-do, la guerrera bien ceñida, entró saludando con bastante sosería. Al pasar junto á Consuelo, ésta le detuvo.

—Aguarda.—Y llamando á Ignacio, le presentó.

—Mi hermano Paco.

El cadete, casi sin mirarle, le alargó la mano desmayada. Y deslizó entre dientes algo que podía ser un—Tanto gusto...

Luego fué á sentarse entre las chicas. Al pasar ante un espejo, se miró sin disimulo, entallándose mejor la guerrera con la palma de la mano y ali-sándose un pelo descarriado.

—¡Qué feo es mi hermano, eh?—exclamó Con-suelo mirándole con cariño. Pero tiene partido entre las mujeres.

Así tenía que ser, porque todas se agruparon á su alrededor y reían como locas de lo que él las decía.

Hablaba tan quedo, que sus ocurrencias no llegaban hasta Ignacio.

Aun otra visita, una señora de rostro compungi-do, seguida por un mozallón tan robusto que el flamante uniforme se le quedaba estrecho.

—¡Ay, señora!—empezó á lamentarse—vengo con las carnes abiertas de lo que me han contado las de Fonrat sobre novatadas. Figúrese usted que á su hijo le untaron de betún y le cepillaron hasta sacarle lustre.

—Pues eso no es nada al lado de lo que le hicie-ron á mi hijo. Comer... lo que no puede decirse. ¡El, que es tan escrupuloso!

—Pues, ¿y al mío? Ustedes le conocen. Sin ofender á nadie, no creo que haya otro tan galan-te, tan cumplido con las damas... Pues le manda-ron que en pleno paseo preguntase á las de Beza-res con qué se pintaban.

—Y ellas, ¿qué contestaron?—interrogó Paco ingenuo.

—Que con... con lo que le hicieron comer al hijo de esta señora.

—Le digo á usted que estoy aterrada. ¿Qué va á ser de ese angelito, que nunca se ha separado de mí?

Todas las miradas se volvieron al mozallón, que enrojeció. Paco, que ahora esenchaba la conversa-ción general, sonrió cruelmente.

Las demás señoras, también madres de alumnos, contaron las novatadas de sus hijos. Muchas eran pueriles, como sentencias de juegos de prendas. —Tomar chocolate á obscuras, cantar el que tenía mala voz...—Otras, la mayor parte, sucias. Al-gunas, implacables.

—¡Jesús, Jesús!—comentaba, de más en más angustiada, la madre del novato.

—¡Bah, pues estas no son nada al lado de las de Toledo!

—Ni de las que antiguamente daban aquí.

—Pero, ¿aun hacían más atrocidades?

—Va usted á juzgarlo. Le contaré una que die-ron, cuando la Academia estaba en el Alcázar.

Se hizo un gran silencio. Y la madre de Con-suelo habló:

—En una promoción ingresó un alumno, de as-pecto aniñado y carácter muy tímido.

—Este debe ser un cobarde—dijo algún compa-

ñero.—Pues vamos á quitarle el miedo de una vez.

Le llamaron un día. El muchacho se presentó. Estaba muy pálido. Sin prepararle le llevaron an-te un balcón del Alcázar, el balcón histórico des-de el cual una nodriza dejó caer un príncipe. Apo-yada en la barandilla había una tabla estrecha y larga.—Móntese usted allí, en aquel extremo—le ordenaron, señalándole el que daba sobre el abis-mo y sujetándole la tabla. El muchacho trepó sin chistar y quedó á horcajadas. En el otro extremo montó un alumno antiguo, aproximadamente del mismo peso. Empezaron á columpiarse.

La tarde caía. Sonaban esquilas lejanas. Alg-u nos campesinos que venían de Zamarramala se detuvieron asombrados. Sólo los pájaros revolaban alegres y trinadores sobre las malezas roqueras, reverdecidas por las lluvias.

Un alumno dentro, gritó impremeditamente: —¡Que viene un profesor!

El que al interior se columpiaba, saltó rápido. Sonó un grito terrible. Y la tabla y el novato fue-ron á estrellarse contra las rocas.

En la habitación era de noche. El terror com-primió las palabras. Y los pensamientos volaron lejos.

COLOQUIO

La vida de Ignacio quedó prendida en el en-canto amoroso, el único verdadero y eterno encan-to. Sólo existían para él las horas en que acertaba á ver á Consuelo. Al anoecer, cuando después de su paseo habitual por los estériles campos, la columbraba tras de la reja. Y por la noche, luego de cenar, en el Salón ó en la Plaza, paseando cer-ca de ella.

Jamás podía hablarla á solas. El aparte de la vuelta de Ríofrío, fué único. Siempre la encontra-ba cercada de amigas. Y ella, sin rehuirle, no pro-curaba juntársele, en la facilitona y aparatosa soledad en que á veces los dejaban.

Una noche Ignacio encontró á Consuelo aba-tida. Abiertamente se desviaba de él. Pronto el mal humor se le contagió y siguió en el grupo con las muchachas, mudo toda la noche.

Al terminar la música, desfilaron. Como de eos-tumbre, Consuelo llevaba escolta de amigas. Ig-nacio se despidió de ellas en la esquina de la ca-lle del Sol y marchó solo. Pero al llegar á la Pla-za, volvió y tomando por calles extraviadas, para no encontrarse con los que volvían del paseo, llegó hasta la casa de los Vargas.

Todo estaba cerrado. El pintor se apoyó en la pared frontera mirando la ventana. Súbito chirrió ésta, abriéndose y la claridad interior dibujó la silueta de Consuelo.

Miraba hacia la calle, distraída, como si sólo se hubiese propuesto respirar el aire libre. Luego, acostumbrándose á la obscuridad, atisbó el bulto adosado á la pared y se retiró un poco, con inten-ción de entrarse. Pero, fijándose más, se quedó quieta. Ignacio se destacó de la pared y avanzó despacio hasta la ventana.

—No esperaba encontrarla á usted aquí.

—Tampoco yo á usted.

—Pues si estorbo, me voy.
 —¡Qué tontería!
 —Si aguardase usted á alguien...
 —A nadie aguardo.—Lo dijo seca y quedó pensativa. Ignacio cortó el silencio.
 —¿En qué piensa usted?
 —En que va á ser diffeil, muy diffeil...
 —¿Que usted me quiera? Ya lo sé.
 —Que nos entendamos. Usted no me conoce. Desconfía, teme, siempre insinuando sospechas. ¿A quién había yo de aguardar? ¿No sabe usted por entero mi vida? ¿A qué esas bobadas?
 —Tiene usted razón—contestó picado Ignacio.—Y para evitarlas hay un medio.
 —¿Otra tontería?
 —No, esta no lo es. Mañana me voy.
 —¿No lo dije? Vale más que no hablemos esta noche. Regañaríamos de verdad. Está usted imposible.
 —La que está... nerviosa, es usted. A usted le ha ocurrido algo.
 —A mí nada.
 —Sí. Y es lástima que no me lo diga. Creí merecerla más confianza.
 —Pero si le digo que nada me ocurre.
 —Sí, es cierto, nada le ocurre á usted ahora. Le ha ocurrido antes. Y contra todos sus esfuerzos y contra todas mis esperanzas, no puede usted olvidar. Y hay días, como el de hoy, en que la pena salta y la arrolla á usted y me arrolla á mí, que estoy á su lado, aunque usted no lo note.
 —¿Qué fantasía! ¡Y qué poco observador es usted!
 —¿Le duele qua ponga el dedo en la llaga?
 —¿Que va á poner? Si usted no me conoce. Si me conociera no hablaría así.
 —¿De modo que no piensa usted en el otro?
 —No, no y no.
 —Entonces, ¿á qué su mal humor de hoy? ¿A qué ese abatimiento?
 —¿Y para qué he de decírselo, si usted no lo ha de creer?
 —¿Es que piensa usted engañarme?
 —Le diré la verdad ó me callaré.
 —No, hable.
 —Aun no es tiempo.
 —Pues no lo será nunca. Porque mañana me marcho.
 —¿Insiste aún?
 —¿Y para qué voy á quedarme? Si usted no ha de quererme nunca. Si usted permanece devota á su pasado.
 —¿Otra vez?
 —Y siempre. Estoy convencido. Por eso me voy.
 —Pues váyase.
 —¿Lo ve usted como está deseando que me marche?
 —¡Jesús, qué hombre! Me está repitiendo que se va, ¿qué voy á contestarle? Adiós.
 —¿No encuentra usted otra palabra más agradable?
 —Aunque la encontrara... es pronto para decirlo.
 —Diga usted que no la encuentra.
 —Usted no sabe lo que es Segovia ni lo que están hablando ya de mí.
 —¿Por qué?
 —Porque dicen que coqueteo con usted.



—Eso es verdad, pero no es un crimen..
 —Si lo fuese, que no lo es, estaría mal hecho. Porque habiendo tenido otro novio...
 —Que se ha portado indignamente... Ya pone usted mala cara porque hablo de él.
 —Pero si no me ve usted, ¿á qué inventa de ese modo?
 —Cuyo recuerdo debe usted raer de su alma. Y para esto, ¿qué mejor que entregarse á un cariño honrado, como el que está sucio toma un baño de agua limpia?
 —Pero en Segovia no lo creen así y critican.
 —¿Y á usted qué le importa?
 —En provincias todo debe importar. Hay que ir con un tiento...
 —Pero entre su felicidad y la gente, ¿dudará usted? Y aun no es sólo su felicidad. Es la mía, que no tiene usted derecho á tirar por la ventana.
 —Pues por la suya, lo pienso más.
 —¿Por la mía?
 —Sí. He tenido unos años, tres, cuatro, relaciones con otro. Hace poco más de un mes que terminamos. ¿Creerá usted en el olvido, en el olvido pleno, total, cuando yo le jure que ese olvido llegó?
 Hubo una larga pausa. Al fin contestó Ignacio:
 —Sí, Consuelo, lo creeré todo, porque la quiero

á usted y porque creer es acercarla á mí, y afirmarla en su nuevo cariño. Porque es diferenciarme del otro. A ese sí, le aborrezco, le odiaré siempre.

—¿Y de qué sirve que yo le olvide si usted no le olvida?

—Quizá le olvide también. Y mientras, no le mentemos. Que al menos esté el olvido en las palabras.

—Pero, ¿de qué ha de servir, si usted duda?

—Yo me haré fuerte contra todo. Si prefiero lo sucedido. Usted comparará forzosamente...

—No.

—Sí. Y notará usted tanto la diferencia, que habrá de preferirme...

—¿Por qué no llegaría usted hace cinco años?

—Pero si ya estoy aquí. Y no me voy, mientras no me eche...

—¿Echarle yo...?

—¿Quién sabe!

—¿Ya duda?

—No. ¡Bendita sea esta ciudad romántica y la idea que tuve de venir! ¡Y bendito el día en que entré en la Catedral y benditos los ojos que me miraron! Míreme como aquel día...

LA NOCHE SIGUIENTE

Durmió mal aquella noche, mecido por ensueños de dicha. Muy temprano se levantó, y tras de orearse con la brisa matinal, subió al estudio. La mañana fué fecunda. Terminado el cuadro lo contempló largamente. Tenía sabor picaresco. Don Melquiades, sentado en la santa tierra, un pedazo de queso en una mano, en la otra el pan, y bien sujeta entre ambas piernas, la jarra del vino. Al fondo, un paisaje desnudo.

Bajó á comer contento. Después, al charlar con la picotera, la boca se le abría y los ojos se le cerraban.

—Váyase á dormir!—le aconsejó Vicenta, arrojando las moscas á golpes airados de delantal y entornando balcones. Así lo hizo Ignacio.

Al levantarse, declinaba el sol. Bajó á la Alameda y tornó por el Acueducto, subiendo por el Real del Carmen. No había á aquellas horas más que cadetes y algunas familias que volvían de visitas. Al irse á cenar pasó por la calle de Consuelo y se plantó ante la reja. Los cristales estaban abiertos y la habitación á obseuras. De pronto, con gran ruido de sables, dos artilleros salieron del portal. Al pasar junto á él, cuchichearon. Uno de ellos se volvió á mirarle, con tal fijeza que casi se paró. Ignacio sostuvo con serenidad la mirada impertinente. Se alejaron. Y el pintor, á poco, siguió su camino.

Llegó al Salón muy temprano. Algunos militares viejos tomaban café. Junto á la barandilla, familias artesanas buscaban freseo. La banda, en el tablado, tocaba la inevitable overtura de Rienzi.

También el pintor se apoyó en la barandilla,

contemplando la hondura misteriosa sobre la que titilaban las estrellas. Hasta que fué llegando la gente.

Entonces se mezcló á los grupos, buscando con avidez á Consuelo. Como siempre, retrasada.

La divisó al fin y avanzó apresurado. Se le ocultaban las de Fonrat, que iban delante. Cuando pasaron y el pintor, la mano trémula en el sombrero, velados los ojos por la emoción, se adelantaba á saludar á su novia, quedó clavado, inerte. Iba con el artillero de por la tarde, cuya brazo rozaba el de ella y que prendía su atención con palabras dichas al oído, palabras amorosas—no había sino verle la cara.—Los habían dejado solos. Detrás venían Emma y la madre de Consuelo.

Ignacio los vió y se quedó en la misma postura, quieto. Ella pasó sin saludarle, sin mirarle siquiera. Pero le había visto, sí. De eso estaba seguro.

Pasaron Emma y la madre. Pasaron otras. Y aun seguía allí el pintor, aguijando la atención de todos. Había bajado la mano que requiriera el sombrero, había tornado el rostro y miraba á la pareja, que se alejaba, que se confundía en el gentío. Un instante el penacho del sombrero flameó dominador. Se hundió también.

Entonces fué Ignacio á caer sobre una silla, insensible á la curiosidad. Aquel era el otro novio, el primero, el que ella quería. Le había bastado presentarse... Ya volvían.

Le zumbaba la cabeza y la vista se le nubló de rojo. Levantóse y dió unos pasos... Ella le vió, de frente, se puso muy pálida y bajó los ojos. El oficial, creyendo en un ataque, se separó un poco de su novia y volvió el cuerpo, como para protegerla. Aquel movimiento despejó al pintor. Miró en torno suyo y vió á las gentes paradas, dispuestas al espectáculo. Avergonzado dió la vuelta, se perdió entre los grupos y huyó del paseo.

Dos horas estuvo rondando la calle de Consuelo, esperándola. Ante la reja, la ira se le acrecentaba y acometiale un furor homicida. Llegó á coger los hierros con las manos, y poco faltó para que se estrellase contra ellos.

Ya venían. Pensó quedarse junto á la puerta. Luego, al verles llegar, sin saber por qué, se alejó.

Se pararon y se despidieron brevemente. Cerraron el portal. Y el oficial se quedó allí. Esperaba que ella se asomase á la reja para despedirle. Pero la reja siguió cerrada, muda.

Al fin el oficial se decidió á marcharse. Y avanzó por el lado donde se ocultaba Ignacio. De haberse ido por el otro, quizá el desdén le dejara marchar. Pero el pintor le vió adelantarse, contoneándose, pinturero, arrastrando con ruido fanfarrón el sable. Y sin meditarlo, con salto de fiera, cayó sobre él, le agarró el brazo y le rugió:

—Vamos á matarnos.

El oficial deteniéndose, le contestó con sorna:

—¿Nada menos?

—Yo quiero á esa mujer.

—Yo también. Y como ella está por mí, lo que usted debe hacer es agarrar sus bártulos y marcharse á pintar á otra parte.

—Después de eso... A menos que además de calla, sea usted cobarde.

—Mañana puede mandarme dos amigos.

—No, ha de ser ahora mismo.

—¿Está usted loco?

—Yo no tengo sangre fría para aguardar hasta mañana. Si no quiere usted batirse, le juro que nos matamos aquí mismo á puñetazos y á mordiscos, como dos rufianes.

—Pues sea á su gusto.

Llamó á dos alumnos que pasaban y habló un rato con ellos. Ignacio quedó un poco apartado. Hasta que le dijeron:

—¿Usted tira al sable?

—No, pero es lo mismo.

—¿Y al florete?

—Sí.

Era mentira. Pero le dió vergüenza seguir diciendo que no.

Uno de los militares se destacó, dejándoles. Volvió el otro á preguntar:

—¿Dónde quiere usted que nos reunamos?

—Donde usted quiera.

—¿En el Alcázar?

—Bueno.

—Dentro de media hora allí. Lleve usted dos amigos.

—No conozco aquí á nadie.

—Entonces...—dijo dudoso el militar.

—Llama á cualquiera—ordenó el rival de Ignacio.

Detuvieron á dos cadetes que, conocido el asunto, saludaron á Ignacio y se pusieron á su disposición. Pronto llegó el otro. Traía bajo el brazo las espadas en una funda roja. Y todos juntos, por calles extraviadas para que no los viera algún profesor, tomaron hacia el Alcázar.

Iba primero el novio de Consuelo con dos cadetes. Luego lo otros dos. Y por fin, Ignacio. Sobre la acera, en el silencio de la noche, los pasos resonaban. Hablaban quedo.

Pasaron bajo un arco, con una hornacina sin imagen. Y en seguida se encontraron en la plaza de la Alcázar.

La luna había salido y navegaba serena por el cielo obscuro. El Alcázar, acariciado por su luz vaga, avanzando hacia el abismo, parecía un castillo de balada.

Los cadetes, silenciosos, preparaban el duelo. Callaban para ocultarse su preocupación. En el fondo estaban fastidiados con aquella tontería que les traería algún contratiempo.

También el oficial estaba molesto. No le importaba un desafío. Pero aquel tenía algo de anormal. No debía haber accedido. Fué débil... Recordó la cara del pintor y se explicó su debilidad.

Este, á un lado, dejaba libre á su pensamiento, que huía de aquella situación. Se acordaba de las noches pasadas junto á la barandilla, con su planchadora, recitándola versos sentimentales y maldiciendo de la luna indiscreta.

—Cuando ustedes gusten.

Se colocaron en un claro del jardín. Dieron las voces de ordenanza. Y empezó el asalto.

Y acabó. Ignacio retrocedió hasta un árbol. Y apoyada la espalda en el tronco se fué deslizando al suelo. Sólo al desmayarse soltó la espada.

—En el pecho.

—Debo haberle matado.

—¿Y qué hacemos?

Nadie contestó. Era lo que temían.

—Si estuviese muerto, lo dejábamos aquí.

—No. Respira.

—Vamos á llevarle á su casa. Vive cerca, en la Canongía vieja.

Le cogieron entre los cuatro. Detrás marchaba el oficial con las dos espadas.

—Aquí es.—Llamaron. Pasó un rato. Volvieron á llamar. Otra vez.

—Ya voy, ya voy. ¡Vaya unas horas!—gritó con acritud la Vicenta.

Abrió, á medio vestir.

—¡Jesús!

—No se asuste, no grite. ¿Dónde está la cama?

Guió la vieja, alumbrando con un candil. Temblaba la luz mortecina y temblaba la mano. Cuando le dejaron en el lecho, vió la sangre, se puso lívida y casi se cayó.

—¡Muerto!

—No lo está. No se asuste, que ahora vendrá el médico.

Salieron, alejándose calle arriba.

ALMA MATER

Un dolor agudo le atravesaba el pecho, sujetándole á la cama como un clavo encendido. Quiso hablar, quejarse... Pero la Vicenta, inclinándose hacia él, le tapó la boca. El médico había ordenado que no hablase ni se moviera.

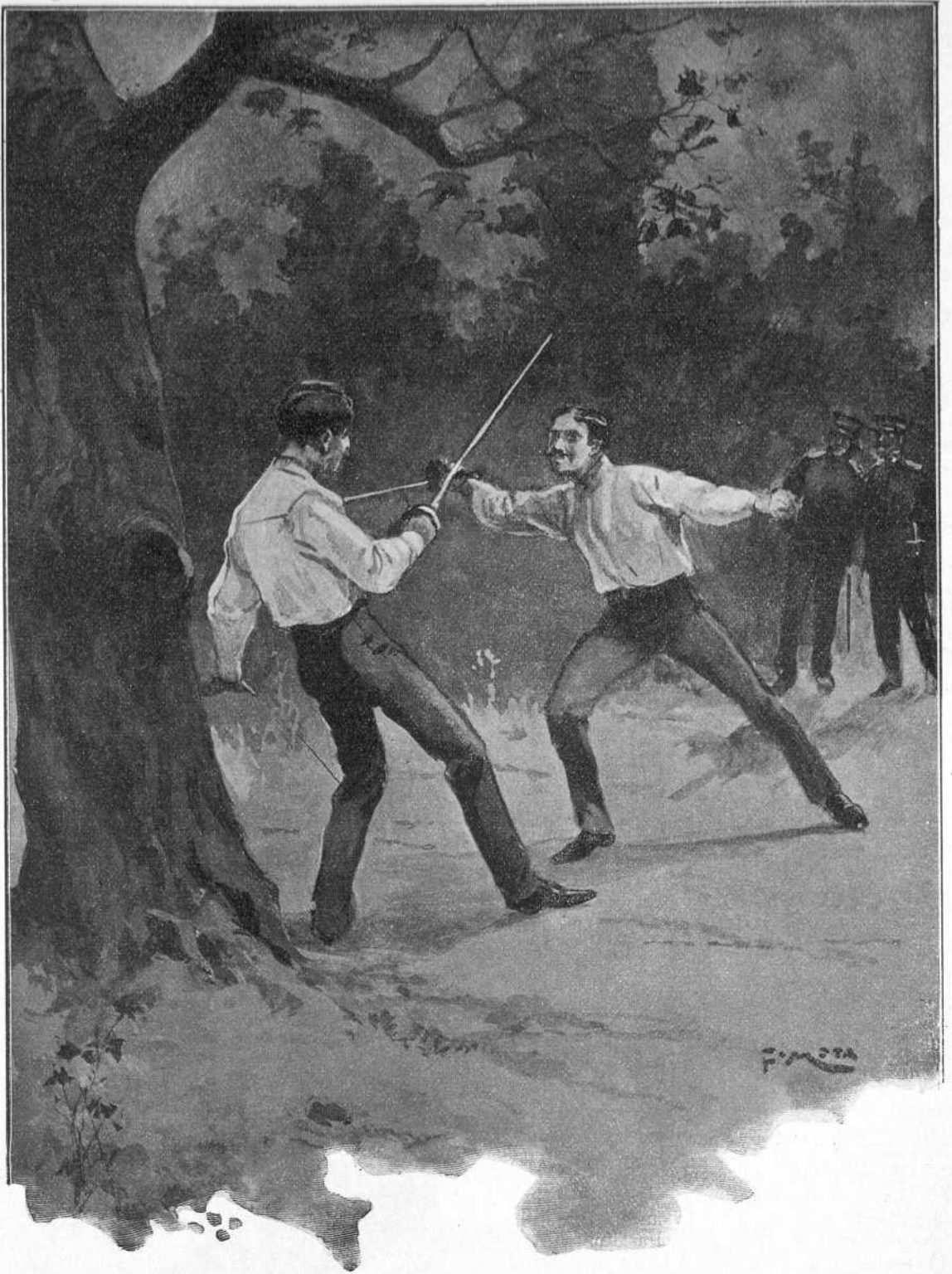
Cerró los ojos y sintió una gran dulzura. Los ensueños le levantaron en sus alas tennues. Pero á través de ellos tenía conciencia de su dolor. Aquel puñal que no le arrancaban...

De rato en rato, un golpe de tos le sacaba de la somnolencia. El dolor se exaltaba cruel. Hubiese gritado. Mas los esputos negruzcos, de sangre cuajada, le agarrotaban de terror.

Iba á morir... Lo comprendía. Y le parecía morir cuando la fiebre le mecía quimérica.

La fiebre remitió al fin. Libre de sus dulces falacias, Ignacio sintió el peso brutal de su vida





rota. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto llevaría aún?

Se aburría. Ni Antoñuelo ni Vicenta podían llenar las horas inacabables. Preguntó por Juanita. ¿Cómo no venía á verle?

—Señorito, no la deja el novio.
¡Ah, tenía novio!

—Vaya. Un cadete de segundo año.—Y la picotera contó cuanto viese. Las horas muertas hablando por el balcón.—Está chifladita.

—¿Y el canto?—E Ignacio sonrió á sus pensamientos. Aun no le dejaban hablar. Pero ya se recostaba en la cama.

Los árboles empezaban á amarillear bajo el

cielo zarco. El Eresma crecía con las lluvias otoñales. Y los cerros pedregosos, presintiendo el desamparo invernal, se helaban de tristeza.

Como ellos el alma de Ignacio.

Las fuerzas volvían tan lentas, un paso le causaba tanta fatiga, que no sentía la egoísta satisfacción del convaleciente. Y avizorando el porvenir, se llenaba de melancolía.

Apenas si el pasado le preocupaba. Ni indignación ni pesar. Sólo le interesaba vivir. ¡Vivir!... Su juventud plena, robusta... Engañado por la ilusión se levantaba, probaba á andar. Y volvía á caer en el sillón, azezante, el pecho dolorido, la mirada desgarrante de angustia.

Ya bajaba al jardín. Ya andaba con alguna soltura bajo los árboles despojados, sobre el oro de las hojas muertas. Y su cuerpo débil gozaba el halago tibio del sol.

Una tarde, quebrando ruidosamente la hojarasca, llegó Juanita.

Sintió un gran gozo al verla. Pero ella se mostró reservada. Aun el tuteo fraternal parecía violentarla. Ignacio se entristeció. Todo le huía.

De pronto, la niña, sin mirarle, le dijo muy de prisa y muy bajo:

—No he venido sola. Ahí está una persona que desea hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Quién?—preguntó él, sorprendido de veras.

—Ella dudaba en venir. No sabía si tú querrías recibirla. Yo la he animado.

—Ella... ¿Es una mujer?

—Sí.

—¿No será...?

—Sí es.

Cano él, asustado por lo imprevisto del golpe. De recobrarle quizá hubiera denegado. Pero ya Juanita había echado á correr y á poco, Consuelo, trémula, entraba en la avenida.

El se levantó. Ella apresuró el paso para que no tuviera que andar. Así se encontraron juntos.

Consuelo estaba muy pálida y sus grandes ojos se ahondaban en círculos morados. Más delgada, vestida de negro, producía la pavorosa inquietud de una esfinge.

Algo sobrecoigido, Ignacio, sin hablar, la invitó á sentarse. Se sentó también, fatigoso de emoción y de angustia.

Ninguno se atrevía á empezar. El dijo al fin.

—Gracias por su interés.

Ella habló entonces.

—Le debía á usted una explicación y he venido á dársela.

Su voz opaca tenía una atormentada armonía con su cutis mate. Pero era firme.

Ignacio se echó hacia atrás y bebió con ansia el aire puro del campo. Ella le miraba con pena. Logró serenarse.

—Pensará usted muy mal de mí.

El hizo un ademán cortando las explicaciones.

—No se disculpe. ¿Para qué?

—No me disculpo. Obré mal. Pero usted ignora aun lo que pasó. Y vengo á decírselo.

Calló él, esperando. Abajo, en el Refugio, unas viejas tomaban beatamente el sol.

—La mañana siguiente á aquella noche... en que hablamos por la reja, llegó el... el otro. No le esperaba. Nadie sabíamos de su venida. En Barcelo-

na se había enterado de que usted y yo teníamos relaciones y venía á romperlas y á casarse conmigo.

—Que era lo que usted deseaba.

Como si no hubiera oído la interrupción, siguió con la misma voz opaca y firme.

—Yo me negué á hablar con él y contestó que no le importaba. Que hablaría con usted.

—Y usted por salvarme la vida... Ya ve para lo que sirvió.

—Aunque temía por usted, no cedí. Fué otra razón la que me obligó á ceder. Mi madre.

—Bah...

—Mi madre. Usted no conoce su tenacidad, el temple de su alma cuando de seguir la tradición se trata. Apenas habló con usted le mostró su ejeutoria militar. Su vida es el orgullo del arma, siempre encendido como las mechas de sus bombas. Muerto mi padre, su camino estaba trazado. Había de hacer artilleros á sus hijos. Ellos no tenían vocación. Fácil se hubieran extraviado. Pero la voluntad de mi madre estaba tras ellos y los alentaba y los sostenía, y mis hermanos vistieron el uniforme. Por ellos abandonamos Madrid y vivimos en esta triste población. Ningún sacrificio es pequeño para mi madre. Ni el de su vida... Ni el de la nuestra.

La voz de Consuelo se había entonado, como si ella sintiese también aquel fuerte orgullo. El alma de la ciudad que á Ignacio se le había antojado burocrática y pueril, pasó rafagueando ante el pintor. Y aquellas viudas, de apariencia humilde, que venían á sacrificar en el ara de la Academia, adquirieron hieratismo de sacerdotisas.

—Cuando empecé á hablar con Pujol fué mi madre la más satisfecha. Luego, cuando terminamos, no sé quién sufrió más. Al verle de nuevo, temblé. Porque en la mirada de ella conocí mi destino, seguro, inapelable.

—¿Y se entregó usted á su destino?

—Sí... Mi madre ha ejercido siempre sobre mí una suprema sugestión. Y cuando murió mi padre juré que la obedecería, aun á costa de mi felicidad.

Ahora, sobre el cielo que empalidecía en el oriente, le pareció á Ignacio que se encendían las letras del terrible "Anagke". Quizá estuviera así dispuesto. Aquella purificación suya por el dolor en la austera Castilla.

Tras de un silencio:

—¿Y ni siquiera pensó usted en avisarme, en explicarme...? Tan poco le merecía á usted, á pesar de la noche anterior.

—Le escribí á usted una carta diciéndoselo todo, pidiéndole que se marchara. Aquella carta, según he sabido después, la interceptó mi madre.

—Pero su madre, entonces, ¿por qué me aceptó?

Calló ella indecisa. Luego se acercó más á él y en voz muy baja, muy baja, como si tuviera miedo de oírse á sí misma.

—Le digo á usted lo que ni al confesor le diría. Yo creo que fué por despertar los celos de Pujol. Hasta pienso si le avisó ella...

Ignacio quedó aterrado. Había vertido su sangre en holocausto de aquel fanático orgullo.

Callaron ambos, reflexivos. Los pensamientos de él tomaron otra dirección. Preguntó:

—Consuelo, la verdad, como si hablase á la ho-

ra de morir. ¿Cedió usted sólo por obediencia?
Temblaba ella y callaba. El insistía y ella musitó:

—No.

—¿Por amor también?

Apenas perceptible.

—Sí.

Aunque no tenía ninguna esperanza, aquella afirmación le renovó su agudo dolor, atravesándole el pecho como una espada ígnea.

—Pero todo concluyó. Al día siguiente se marchó para no volver.

—¡Quién sabe!

—Para no volver.—En su rostro pálido, afilado

como el de una muerta, había una resolución firme.

Nuevo silencio. Como una evocación, murmuró Ignacio con voz triste:

—¿Por qué me engañó usted?

—Me engañé yo también.

El sol tramontaba. Los yertos cerros tenían en su desolación una colosal apariencia de tumba. Sobre el río, entre los álamos, se enredaba la neblina. Ignacio tosió desgarradamente.

—Adiós.

El pintor, ahogándose, se inclinó sobre sus rodillas, cubriéndose la cara con vergüenza de que ella le viera tan débil. Cuando de nuevo se irguió estaba solo en el jardín.

Rafael Leyda

FIN

LOS CONTEMPORÁNEOS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Joaquín Dicenta: *El Lobo*.
2. M. Linares Rivas: *Querer y no querer*.
3. Francisco Acebal: *Rosas místicas*.
4. Alberto Insúa: *Amor prohibido*.
5. Gabriel Miró: *La Palma rota*.
6. Felipe Trigo: *El cínico*.
7. E. Ramírez Angel: *El duende*.
8. José Francés: *Alma cansada*.
9. Eduardo Marquina: *La pasión de Mister Castle*.
10. Miguel A. Ródenas: *Humo de hogar*.
11. Santiago Rusiñol: *El patio azul*.
12. Antonio de Hoyos y Vinent: *Bohemia triste*.
13. Pablo Parellada: *Ciudad muerta*.
14. José Jesús García: *La aparccra*.
15. Condesa de Pardo Bazán: *Pinafrol*.
16. Alejandro Larrubiera: *...No nos dejes caer en la tentación*.
17. Antonio Zozaya: *El pequeño Edison*.
18. Rafael Leyda: *Verano sentimental*.
19. G. Martínez Sierra: *La selva muda*.
20. Eduardo Marquina: *El secreto de la vida*.
21. Francisco F. Villegas (Zeda): *Rosario*.
22. Francisco Antón: *Llanura*.
23. Felipe Trigo: *Mi prima me odia*.
24. Gabriel Miró: *El hijo santo*.
25. Eduardo Zamacois: *Rick*.
26. Luis Bonafoux: *De mi vida y milagros*.
27. Ramón Pérez de Ayala: *Sonreía*.
28. Joaquín Dicenta: *El sino*.
29. Javier Valcarce: *Geórgica*.
30. Prudencio Canitrot: *El camino de Santiago*.
31. Pedro de Répide: *Paquito Candil*.
32. Silverio Lanza: *Los gusanos*.
33. José de Laserna: *La Rebollado*.
34. M. Linares Rivas: *Enrique y el alma de Enrique*.
35. Augusto Martínez Olmedilla: *En coche de plata*.
36. Felipe Trigo: *Así paga el diablo*.
37. Joaquín Dicenta: *Idos y muertos*.
38. Antonio de Hoyos y Vinent: *Mandrágora*.
39. Eduardo Zamacois: *Los ojos fríos*.
40. Salvador Rueda: *El salvaje*.
41. Manuel de Mendivil: *Sara la loca*.
42. José Francos Rodríguez: *El primer actor*.
43. Antonio Zozaya: *La noche grande*.
44. Eduardo Muñoz: *José "El Cabezota"*.
45. Ceferino Palencia: *Cosas de mi vida*.
46. José Francés: *El redentor*.
47. Andrés González-Blanco: *El culpable*.
48. Gabriel Miró: *Amores de Antón Hernando*.
49. Mauricio López Roberts: *La visita al Paraíso*.
50. Arturo Reyes: *La Miraflores*.
51. F. Serrano de la Pedrosa: *La viudita gallega*.
52. Antonio de Hoyos y Vinent: *La torería*.
53. Eduardo Zamacois: *La caída*.
54. Blanca de los Ríos de Lampérez: *Los diablos azules*.
55. Arturo Gómez-Lobo: *La sima del misterio*.
56. Rafael Leyda: *Castillos en España*.
57. Carmen de Burgos Seguí (Colombine): *El veneno del arte*.
58. Manuel de Mendivil: *Mal de ojo*.
59. Benigno Varela: *Las dos bombas*.
60. Luis G. Huertos: *Miseria errante*.
61. Felipe Trigo: *Mi media naranja*.
62. J. Delgado Carrasco: *Atado al dolor*.
63. E. Ramírez Angel: *Al borde de la vida*.
64. Augusto Martínez Olmedilla: *Redimida*.
65. Eduardo Zamacois: *El hijo*.
66. José Rocamora: *Amor y dolor*.
67. Manuel de Mendivil: *La crueldad del amor*.
68. Pedro de Répide: *Curiosa y donosa historia del Duende de la Corte*.
69. M. Serrano García-Vao: *El corazón de un torero*.
70. Leopoldo López de Saa: *Avispilla*.
71. Eduardo G. Gereda: *El doctor Rodríguez*.
72. Pedro Luis Galvez: *La chica del tapicero*.
73. Luis Valera: *El templo de los delictos clandestinos*.
74. C. José de Arpe: *Carne y alma*.
75. Manuel Aguirre de Cárcer: *La pasión de Carolina*.
76. Jesús Castellanos: *La Manigua sentimental*.
77. Luis Antón del Olmet: *La postrera salida de Don Quijote*.
78. Sinesio Delgado: *El paje de la Condesa*.
79. Antonio de Hoyos y Vinent: *Bestezuela de amor*.
80. Miguel Sawa: *La ruta de Judith*.

Alrededor del Mundo

El semanario más ameno y más instructivo de España

Profusión de grabados

*Una novela encuadernable, siempre * * * * **
** * * * * de gran interés dramático, en cada número*

Artículos de viajes, curiosidades históricas, últimos descubrimientos, inventos, ciencia en forma amena y útil, costumbres, informaciones raras, orígenes de apellidos, averiguador universal, recetas útiles caseras é industriales, problemas, etc.



NÚMERO GRATIS DE MUESTRA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

*En España: Pesetas 2,50 trimestre; 5 pesetas semestre y 10 pesetas año.
En el Extranjero: 4 francos trimestre; 8 francos semestre; 16 francos año.*

Oficinas: CAÑOS, 4.—MADRID